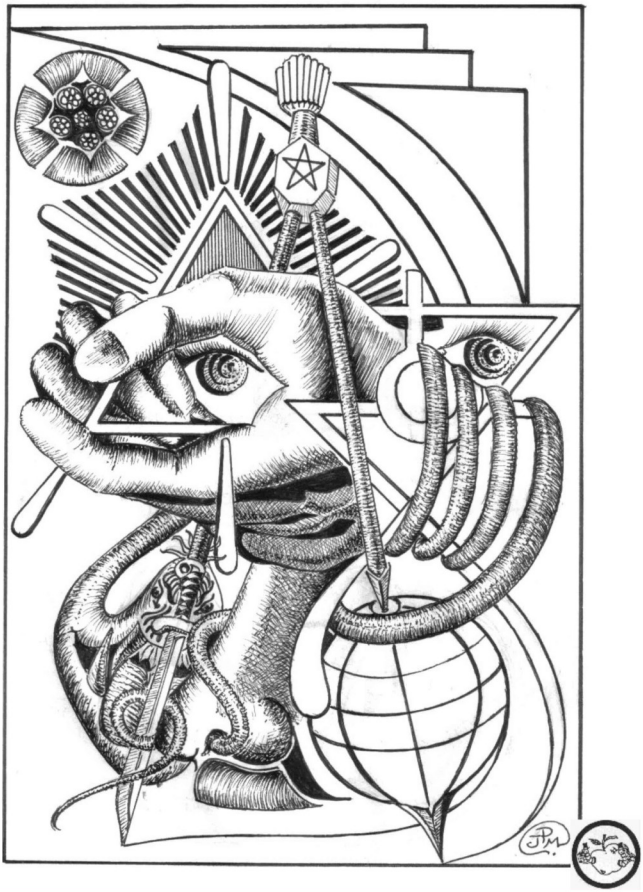
CONSPIRACIONES MISTERIOSAS



CONSPIRACIONES MISTERIOSAS

Redactores: JLM y JCJ. Nº21. Revista literaria sin nombre fijo ni contenido fijo que no se sabe si volverá a editarse.

EDITORIAL

Estamos en el número de nuestro siglo, algo querrá decir, ¿no? Algún mensaje oculto y misterioso debe contener este ejemplar para los lectores. ¿No os fascina el misterio? ¿No estáis convencidos, según moda actual, de que existen complots extraños de sociedades misteriosas que parecen regir los destinos de nuestra pobre humanidad? Seguro que sí. Es lo que se lleva. Y parece relacionarse con la fe descreída de nuestro tiempo. Renegamos de la fe de nuestros mayores, afirmamos no creer en nada. No, desde luego, en la política, la economía, el progreso o la ciencia. Menos aún, claro está, en la religión, con sus iglesias y mitos, con su Dios Todopoderoso. Nos confesamos liberados de prejuicios y preconcepciones y, sin embargo, resulta curioso ver como proliferan la pseudociencia, la pseudomística, la pseudohistoria entre nosotros. Demasiados pseudo. Ya que no creemos en el azar o en el puro materialismo, nos inventamos extraterrestres buenos que nos observan desde el cielo, sociedades secretas que conservan los secretos de una fe profunda y ancestral, grupos cabalísticos en poder de una magia arcana o hermandades que acaparan poder, riqueza y una sabiduría que es la fuente de su dominio sobre el mundo desde las sombras.

¡Qué patético!, ¿no? Escapamos de mitos irracionales para luego caer en otros aún más descabellados. Parece que preferimos vernos como peleles ignorantes antes que asumir que los aciertos y errores son nuestros y que el mundo, ya de por sí lo bastante complicado, incluye en su aparente sencillez la suficiente complejidad como para explicar todo lo que contiene.

Somos ridículos, y dignos de lástima. Imaginamos conspiraciones misteriosas que llenen nuestras vidas para así no sentirnos solos, simples y abandonados.

Me diréis que hay pruebas de esos complots, de esos misterios. Sí, tantas como de la existencia de cualquier mito. Basta con la indemostrabilidad, en un sentido u otro, para aferrarnos al sueño.

¿Por qué esta fascinación actual por los misterios pseudorreligiosos y pseudohistóricos? Quizá nos encontramos más perdidos de lo que estamos dispuestos a admitir y somos demasiado orgullosos o tozudos para reconocer que el camino emprendido no nos satisface. O tal vez todo sea una gran conspiración cuyos agentes, misteriosamente infiltrados en todas las esferas de poder, han tramado para confundirnos. Los poseedores de las claves nos transmiten ecos de falsas conspiraciones que siembran de dudas nuestras mentes y nos impiden contemplar la Verdad, esa entelequia que brilla luminosa sobre todas las cabezas de chorlito.

LA CONSPIRACIÓN INVISIBLE

Nos causa miedo el pensar que en lugares recónditos y misteriosos se reúnen secretas asociaciones, quizá de poderosos, para fraguar su futuro y nuestra desgracia. Parece que, además del miedo, nos proporciona cierta satisfacción morbosa imaginar que ciertos individuos obran en las sombras, como miembros de una secta o de una religión, construyendo complejas trampas para el común de los mortales. Que otros tengan claros sus extraños objetivos tal vez nos maravilla, cuando mayormente andamos perdidos y nos basta con ir tirando día a día para sobrevivir.

Nos fascina y repugna el misterio, la sensación de ser controlados o influidos por seres a los que desconocemos. Y es bien cierto que esos seres existen, pero tal vez no son tan secretos como nos imaginamos, aunque sí más misteriosos y reales de lo que nos atreveríamos a admitir si las pruebas de su presencia y acción no fueran abrumadoras.

Me refiero, cómo no, al inmenso mundo de los microbios. Sé que todo lector atento se había dado cuenta hace ya rato de por donde iba el asunto. No obstante, conociendo que no todo lector es avisado ni tan avispado como los conspiradores de portentosa

inteligencia que traman desde las sombras, no está de más incluir una breve reseña explicativa.

Para empezar, una afirmación tajante, que a alguno sorprenderá, y que bien puede sonar a confabulación: nos creemos los reyes de la Creación y no hay nada más alejado de la realidad.

Quien quiera lo puede comprobar. Si medimos nuestra importancia por la influencia que tenemos sobre el medio, somos meras comparsas en este mundo. Si la medimos por nuestro número o por nuestro tamaño, tampoco hay mucho de qué presumir. Nos queda, quizá, ese vago asidero de la inteligencia. Tal vez implique poder, pero, salvo que la aceptemos al estilo torero que, como el valor, supone su existencia para todo el género humano, si observamos a nuestro alrededor su presencia entre los de nuestra especie, suele brillar por su ausencia.

Sin embargo, toma un microscopio y observa a su través cualquier fluido con la mínima porción de material orgánico o aun sin él. Allí podrás encontrar a los auténticos reyes de la Creación: Sus Majestades los microbios. En número son los más abundantes, en masa conjunta nos superan a todos –sí, todos- los animales, a todas las plantas, a todos los hongos juntos. Los hay por billones y billones, por doquier. Son ellos, más allá de nuestras bonitas plantas, los que mantienen la composición de nuestra atmósfera y nos permiten vivir, los que reciclan los elementos de la naturaleza, los que descomponen la materia muerta, los que deciden sobre nuestra vida y nuestra muerte, levemente obstaculizados por nuestras defensas y los inefectivos antibióticos. Son ellos los reyes del mundo, que no te quepa, amigo lector, la menor duda. Es más que probable que, para cuando el hombre, con su portentosa inteligencia, se las haya ingeniado para hacer saltar el mundo por los aires, modificar el clima, o, simplemente, cuando hayamos perecido como efecto de alguna de esas catástrofes naturales tan frecuentes en este mundo y que escapan a nuestro control –no me atreveré a imaginar conspiraciones o intencionalidades supranaturales en la erupción de un volcán, en un terremoto, un tornado, la caída de un meteorito o la fulguración de una nova cercana-, es más que probable, digo, que para ese futuro inmediato o remoto en que ya no pisen la Tierra ni el hombre ni muchos de los

seres que consideramos importantes en esa antropocéntrica Escala Natural en la que aún solemos pensar, queden como únicos y abundantes pobladores del mundo los denostados microbios, habitando en el aire, en el suelo, en las rocas del subsuelo, en el fondo del mar y hasta en las chimeneas de los volcanes. Hay quien dice que hasta es posible que habiten en el espacio vacío que rodea esta minúscula isla de vida.

Tal vez esto no te impresione. Y, de seguro, ignoras por completo la posible relación –si es que existe, te preguntarás- entre este artículo y nuestro tema de las conspiraciones. Pero tal relación se da, y es más fácil de explicar y entender que de asumir.

No sólo es que los microbios dominen el mundo. Es que también nos dominan a nosotros. Ni que decir tiene que, como ya se ha mencionado, ellos nos sanan y oxigenan, ellos nos dan materia para que la vida siga. Eso ya lo sabemos y no nos preocupa, en general, demasiado. Lo que no solemos plantearnos es que viven por miríadas sobre nosotros y dentro de nosotros. A todos, o casi todos, nos causa repugnancia la presencia inmediata de una sabandija cualquiera, sea una mosca, una cucaracha, una avispa, una araña, una culebra, un gusano o cualquier parásito repugnante: sanguijuela, mosquito, tenia o lombriz intestinal. Pero casi nadie se plantea que sobre su piel hay billones de bacterias y hongos, que de su pelo o su piel pueden alimentarse diminutos ácaros -en una almohada, la propia o la de un hotel, habitan millones y millones de ellos que se pasean a su gusto por nuestra cabeza: piensa en ello la próxima vez que duermas en cama ajena y un ejército tan variado como los de la ONU se pasee a su antojo por tu piel-, que por sus ojos pueden deslizarse minúsculos nematodos, bacterias y virus, que, al beber agua, ingiere millones de protozoos, de algas, de minúsculos rotíferos. Es imposible estar solos. En tus intestinos los hay a manadas. Ten en cuenta que un tercio o más del peso de tus heces son bacterias, en número muy superior al de tus propias células. ¡Ah, que son demasiado pequeños para verlos o sentirlos! Bueno, cuando estás enfermo no piensas igual. Pero, claro, ahí está el quid de la cuestión, la esencia de tan misteriosa y microscópica conspiración: ellos son los amos, ellos los invasores, pero tú los ignoras, te pasan desapercibidos. ¿No es ése el ideal del

conspirador? Pues sí, sin cerebro ni inteligencia, ni voluntad, los diminutos invasores se salen con la suya sin que tú te des cuenta. Y aún es mejor así porque, si no, puede ocurrirte como a algunos chiflados, que, obsesionados por el tema de la limpieza y los microbios, sufren una extraña histeria que nos les deja vivir, que les obliga a lavarse una y otra vez, frotándose hasta hacerse sangre, o los mantiene encerrados en sus casas por evitar contagios y contactos microbianos, sin darse cuenta de que ya están poblados por manadas de ellos.

Es curioso, no obstante, como actúa nuestra mente. Es más común temer a lo que vemos o a aquello que ni vemos ni está que a aquello que es tan pequeño que resulta invisible pero sí está, como los microbios: bacterias, virus, ácaros, gusanos, que nos invaden pero les damos menos importancia que a una mosca o a las manos ocultas o los fantasmas vagos que nos atemorizan.

Juan Luis Monedero Rodrigo

El unirse a alguien para ir contra otro/os por diferentes motivos, económicos y políticos sobre todo, es decir, el recurrir a la conspiración, es tan antiguo como el género humano, le sigue como su sombra, se lleva en los genes tanto si se trata de "una causa justa" como si lo es por codicia. Casi siempre lleva el adjetivo de "secreto" para evitar perder el factor sorpresa y tener las espaldas a cubierto ante posibles reveses; también ha de ser compartido por el menor número posible de individuos pues existe una relación numérica (tanto aritmética como geométrica) directa en la posibilidad de que alguien "se vaya de la lengua" y todo termine de una forma no deseada y comprometida la integridad física (propia y ajena por el "ajuste de cuentas"). Cuanto menos se sepa, mejor.

No hace falta retrotraernos en el tiempo y espacio y pensar en escritores y artistas que han llevado el tema a sus obras. No se trata de hacer una demostración de saber, sobre todo, literario e histórico-político. No. La vida cotidiana tiene ejemplos para dar y tomar. A diario y en sucesivas oleadas aparecen palabras como complot, maquinación, intriga, conchabanza, connivencia, pelotazo, prevaricación (con o sin testaferros de por medio)… que hacen referencia a lo mismo: sortear el recto camino para conseguir lo que

uno se propone (que por definición es poco limpio, ilegal) usando del engaño, soborno, chantaje o lo que haga falta.

Puestos en marcha es difícil parar a no ser que te pillen o por casualidad, por un chivatazo o… porque la avaricia rompe el saco. Muchas veces no se saben retirar a tiempo. El poder, en sus diferentes facetas, engancha. Todo nos parece poco. Buscamos más el parasitismo en vez de la colaboración.

Algunos se convierten en el espejo en el que nos miramos para imitarles aunque solemos pensar que prosperar tanto en tan poco tiempo no debe ser trigo limpio. Tal vez nos autoengañamos. Queremos vivir por encima de nuestras posibilidades. Parece que nos dicen: "tonto el último, el honrado, el idealista…; vive el presente y prepara el futuro". Se nos pueden plantear problemas de conciencia, tener una lucha interior entre el quiero y el debo.

En fin, esto me sobrepasa. Ser sinvergüenza a gran escala parece el destino de algunos. La masa, más o menos amorfa, somos "aprendices de conspirador". De vez en cuando ponemos en práctica, a escala reducida, pequeñas "mordidas" a los demás como "dicen que", "he oído"… En definitiva, incidiendo en lo que antes se llamaba honor, buen nombre. Algunos venden la exclusiva alimentando el morbo de los adictos al tema.

¡Qué bonito es dormir sin problemas de conciencia! (aunque podamos "amansarla" puede darnos un zarpazo cuando menos lo esperemos). Las películas de espías para verlas, no para jugar a ellas.

P.A.M.213

EL INFORME

A Perkins no se le ocurrió otra cosa que pensar en cómo iba a poder transcribir en palabras las monstruosas escenas que se presentaban ante sus ojos. No se sentía capaz de comprenderlas, cuanto menos de describirlas con palabras. Él mismo se daba cuenta de que sus pensamientos resultaban ridículos, o casi, en estas circunstancias. Pero no podía evitar divagar. Quizá era éste un modo de sustraerse a la tensión que lo venía dominando desde hacía horas.

Hoy era un día importante en la vida del capitán Perkins. Lo era, cuando menos, en su vida profesional. Lo sería también en su existencia personal en la medida en que su trabajo resultara importante para él. Y para el capitán Francis Perkins su trabajo lo era casi todo.

A este caso le había dedicado casi dos años de esfuerzo. No en exclusiva ni continuado. Un policía jamás se dedica a un solo caso. Aunque su tiempo se emplee en uno de ellos, incluso el más terrible, su cabeza siempre divaga acerca de la resolución de otros inconclusos. Otra manera de trabajar significaría la locura. Más aún si el caso entre manos es uno como el que ahora ocupaba toda su atención. Un caso terrible, monstruoso y complejo que había traído de cabeza durante meses al Nuevo Scotland Yard. Ahora Perkins estaba satisfecho, si bien una suerte de infinito cansancio se iba apoderando de él. Debía de ser el cansancio de lo concluido: a la tensión siempre le sucede, con la tranquilidad, esa especie de amodorramiento, como si el cuerpo quisiera liberarse de una vez del estrés padecido. Y ahora, mientras Perkins caminaba junto con sus subalternos por entre las cámaras que constituían aquel lugar de horror, parecía más relajado de lo recomendable. Extrañamente cómodo entre las monstruosas escenas que se escondían en aquella vetusta mansión convertida en inopinada casa de los horrores.

Perkins tenía motivos para estar satisfecho. Sobradas razones para estar tranquilo. Aunque no por ello podía olvidar el mucho sufrimiento causado por aquellos alucinados. No podía olvidar las pérdidas humanas, los crímenes atroces y menos aún la más que probable muerte de dos de sus mejores agentes, los que, primeramente, lograron infiltrarse en aquella demencial organización, poner a la central sobre aviso de su localización y pagar, casi de seguro, su tremenda osadía con una muerte espantosa. El cadáver de Borjois, el francés, ya había sido hallado, y no cabía esperar mejor suerte para Flanagan. Era imposible que hubiera logrado escapar de aquel templo del horror.

Borjois, al menos, había tenido una muerte rápida. Extrañamente dulce para lo que se estilaba entre aquellas paredes. Al ver su cuerpo ensangrentado, Perkins no pudo evitar sentir un

escalofrío que no le habían provocado otros cadáveres anteriores más horrendos en su injustificable mutilación. Borjois, por contraste, parecía un muerto plácido. Tan sólo un agujero de bala adornaba su cabeza: entrada por la nuca, salida por la órbita del ojo derecho. Diagnóstico: muerte instantánea. Y en ese concepto Perkins quería leer también una muerte indolora, piadosa, como si en la muerte pudiera hallarse consuelo. Quizá más para el que la observa que para el que la padece. Pero, por más que el dolor signifique que uno todavía se agarra a la vida con las fuerzas que le quedan, Perkins, en caso semejante, desearía para sí una muerte tan rápida como la del francés. De Glasgow, y que nada tenía de francés salvo el mote y un abuelo venido de aquella parte del continente. O quizá sí tenía esa elegancia y cierta chulería que los británicos siempre quieren ver en sus vecinos. Ahora sólo era un guiñapo de carne inerte. Como tantos otros guiñapos de verdugos y víctimas mezclados que aparecían en cada rincón de la mansión. Unos, muertos antes de la refriega, otros, la mayoría y todos los asesinos, aniquilados cuando los de operaciones especiales y algunos de sus propios agentes habían invadido el recinto por sorpresa y a tiro limpio. No había quedado ni uno de aquellos fanáticos que lo defendían. Eso no era demasiado malo salvo por dos detalles. Primero porque no quedaba nadie para ser interrogado, nadie que les confirmara que no habían escapado los líderes ni existían otras células operativas de aquella espantosa congregación. En segundo lugar, porque antes de autoinmolarse habían ejecutado a todas sus víctimas, a los pocos prisioneros vivos que aún albergaba aquel monstruoso recinto. Otras personas habían sido sacrificadas con anterioridad en el altar de su locura. Faltaba saber si entre los inmolados se encontraba Malcolm Flanagan. Perkins esperaba encontrar sus restos de un momento a otro. Estaba seguro de que un agente lo llamaría para indicarle la presencia del nuevo cadáver. Y sabía que, si se había entristecido ante Borjois, su emoción aún sería mayor ante Flanagan. No está bien que un jefe demuestre preferencias ante sus subordinados. Todo lo más puede resaltar las diferencias de mérito y tratar a cada uno según sus merecimientos. Pero, al margen de que Malcolm fuera su mejor agente, Perkins no podía olvidar que el bueno de Flanagan era, más que un simple

compañero de trabajo, un gran amigo. Y pocas situaciones nos resultan tan penosas como constatar la muerte de un amigo, que es como morirse también uno un poco con él. Una pequeña porción del cerebro del capitán aún quería aferrarse a la esperanza. Quizá Flanagan se habría salvado y lo encontrarían vivo. Tal vez estaba sólo herido o inconsciente, le decía una ingenua vocecita. Pero Perkins se negaba a atender esos cantos de sirena. Si Flanagan hubiera escapado con bien de aquella aventura, estaría ahora entre ellos celebrando el éxito. Si estuviera herido, salvo que se encontrase muy mal herido o en coma, habría buscado el modo de hacerse encontrar, ya fuera usando su teléfono móvil, a viva voz o golpeando piedras o cañerías con las cadenas con que lo hubieran retenido, a zapatazos o con la propia cabeza, aunque para ello hubiera tenido que recurrir al primitivo S.O.S. en Morse ejecutado con su propia sangre. Pero Flanagan no había dado señales de su presencia, ni había dejado pista alguna que los llevase a localizarlo. La consecuencia para Perkins era obvia: Malcolm estaba muerto y pronto encontrarían su cadáver con un orificio en el cráneo semejante al de Borjois.

Realmente no cabía esperar otra cosa. Aquellos fanáticos asesinos no dejaban testigos. Sus víctimas siempre terminaban por ser sacrificadas. Eso y sólo eso había justificado la operación de las fuerzas de seguridad. Habían entrado en su guarida armados hasta los dientes y pegando tiros. Aquello fue una auténtica batalla campal, una lucha sin cuartel. Para aquellos lunáticos rendición no era una palabra que entrase en su vocabulario. Si hubieran sido menos fanáticos y sanguinarios el gobierno jamás habría permitido una semejante resolución del caso. Aunque eso significara que entre las víctimas se encontraran dos de sus mejores hombres.

No es que los demás miembros de la partida hubieran sido lentos o torpes. Simplemente Borjois y Flanagan les llevaban bastante ventaja y no pudieron detenerse a esperar, como la misión no pudo acelerarse para acabar con aquellos miserables. "Lo siento Fla", se dijo Perkins con un nudo de terrible sospecha en la garganta, "no hemos podido salvar vuestras almas". Y aquella alusión a las almas le pareció doblemente adecuada en esa situación, tanto por su inclusión en el supuesto mensaje de socorro como por las terribles

circunstancias a las que sus agentes se habían enfrentado. No en vano los fanáticos a los que habían liquidado se autodenominaban siervos demoníacos y consideraban a su secta como de servidores del Mal, con ese uso de la mayúscula que siempre hace a ciertos lunáticos sentirse justificados en su demencia, en este caso sangrienta.

-¡Capitán! –le llamó entonces una voz lejana, que no supo identificar, en la que sonaban ecos de pavor junto con las propias vibraciones provocadas por las paredes y altos techos de aquel vetusto edificio de aire neogótico y medieval, tan semejante a un castillo con mazmorras, que quizá era lo que los criminales querían emular.

Francis Perkins acudió a la llamada de su subalterno. El policía, un chico bastante joven, trataba de disimular su nerviosismo. Quizá era tan sólo que el uniforme le venía un poco grande o que a Perkins no le concordaban aquellos rasgos juveniles con la ropa de policía. Más probablemente era la situación la que lo desbordaba y le hacía temblar, de modo apenas perceptible, bajo la casaca azul. Perkins siguió el haz de la linterna con que el joven iluminaba el suelo ante sí. Lo que vio lo dejó estupefacto. Un escalofrío le recorrió el espinazo desde su base hasta la nuca. Jamás había contemplado un despojo humano tan terriblemente mutilado. Allí delante había sólo un amasijo de carne sanguinolenta, sin cabeza, brazos, piernas o cualquier rasgo que permitiera identificar al individuo de que había formado parte.

Como si fuera un pálpito, por la cabeza de Perkins cruzó como un relámpago la idea de que eso pudiera ser lo que quedaba de su buen amigo Flanagan. No había ninguna razón para pensar aquello, ni un rasgo que permitiera identificarlo así que el capitán, después de aquel breve instante de duda, decidió desechar aquella especie de intuición. Nunca había creído en premoniciones, de modo que no había razón para dejarse llevar por esa sensación extraña. Ante sí había un cadáver, lo que quedaba de él. Y, de un modo u otro, se llegaría a determinar su identidad. La muerte de aquel ser había sido terrible y, quizá por ello, Perkins temió que los restos pertenecieran a Malcolm, víctima de una suerte de venganza demencial por parte de sus alucinados captores.

Sobreponiéndose a sus vagas impresiones, el capitán Perkins enfocó su propia linterna en los restos de aquel desgraciado. Volvía a ser el policía buscando pistas. El agente que lo acompañaba y le había descubierto aquella atrocidad se esforzaba en mantener la compostura y le ayudaba dirigiendo su propia linterna hacia las proximidades del haz de su jefe. Con ambas luces Perkins fue capaz de apreciar detalles que no se habían hecho hasta ahora presentes. Los restos del miserable se encontraban de algún modo encadenados al suelo enlosado. La sangre derramada no era tanta como para que no pudiera observarse el dibujo de un pentáculo sobre el suelo, cuyo centro lo ocupaba el amasijo de carne. Aquello era, sin duda, el resultado de una de sus terribles ceremonias demoníacas, más terribles por crueles que por sacrílegas. A un lado, pegados a la pared, se amontonaban huesos frescos, todavía húmedos de sangre.

-¡Dios! –exclamó el capitán, más asqueado que sorprendido, al comprender que los huesos pertenecían al cadáver. Aquellos salvajes, al parecer, habían mancillado a su víctima hasta el extremo de arrancarle los huesos como parte de su ritual. Imposible saber el objeto de aquella maniobra.

En un hoyo en el suelo reposaba parte del material empleado en la carnicería. El variado instrumental de tortura incluía todo tipo de cuchillos, tenazas, palancas y sierras. Junto a las herramientas había material más sofisticado: jeringuillas, medicamentos y todo tipo de utensilios médicos y quirúrgicos. Perkins sintió un ramalazo de súbita piedad hacia aquel infeliz. Su tortura debió ser atroz.

Cerca de la otra pared reposaban, en posiciones extrañas, tan características de una inesperada muerte violenta, un par de acólitos de la secta. En realidad, no. Uno era un acólito, sí, con su túnica blanca cubierta de sangre. Imposible saber si la propia o la de su víctima. Pero el otro no. El otro debía ser un sacerdote –si es que resultaba apropiado denominarlo así-, sin duda investido de mayor autoridad. Éste vestía de rojo, lo que no impedía que los manchones de sangre fueran bien visibles sobre la tela. Su túnica portaba innumerables signos grabados que los paleocriptógrafos seguramente identificarían con símbolos de su espantosa y antigua fe. En su frente también ensangrentada reposaba una tiara dorada en cuyo centro

brillaba una enorme piedra roja, quizá un auténtico rubí. Sus ojos estaban cubiertos por una especie de antifaz de ojos rasgados. Posiblemente había cubierto su cabeza la misma capucha que ahora reposaba a su lado. En una de sus manos todavía sujetaba un estilizado cuchillo, aparentemente de marfil, quizá el que se había empleado para ejecutar buena parte del ritual.

No se avergonzó por sentirse oscuramente satisfecho de que aquellos dos monstruos sanguinarios yacieran ahora muertos junto a su víctima. El acólito con un tiro mortal en el pecho y varias balas más por su cuerpo y extremidades. El otro, dignatario, sacerdote o jefe de la secta, también mostraba huellas de un par de tiros, pero ninguno de ellos era mortal. A Perkins le pareció casi incongruente comprobar que aquel individuo había segado finalmente su propia vida rasgándose el cuello de lado a lado con el cuchillo ritual de marfil. Según parecía, aquellas oscuras creencias eran tan firmes como para que sus lunáticos adeptos prefirieran la muerte -¿quizá con la promesa de un incomprensible paraíso de sangre y fuego en una supuesta nueva vida como premio a sus salvajes prácticas?- a ser atrapados por la ley o muertos por mano ajena e impía –según su demencial punto de vista. Allí había mucho trabajo para los forenses. Y también para los investigadores, con él a la cabeza. Quizá a otro le bastaría con comprobar el final de aquellas atrocidades, la eliminación de la congregación y sus sectarios. Para Perkins aquello no sería suficiente. Él necesitaba poder explicarse las causas y motivaciones, el móvil y los pasos que habían llevado a esas mentes descarriadas a ejecutar tan terribles actos. Aquello debía de tener un propósito o, al menos, una razón, como todos los demás crímenes que había contemplado, fueran el propósito la obtención de dinero, la ejecución de una venganza o sólo hubiera una causa, nacida de la irresponsabilidad o la propia demencia. Pero aquellos locos estaban lo bastante coordinados como para haber construido una organización compleja, haber tenido aterrorizada a la población durante meses y confundido a Scotland Yard durante idéntico tiempo. Y eso era lo que asustaba más a Perkins, saber que, tras la locura y el fanatismo todavía puede quedar un resto de racionalidad lo bastante fuerte como para obedecer un plan y un sistema. Aquello le resultaba difícil

de tragar, tan complejo y abominable que dudaba de ser capaz de desentrañar no sólo el misterio de aquella secta, sino las razones de la mente o mentes tras todo aquello. Al capitán también le preocupaba un asunto más concreto: tras la masacre no se tenía la seguridad de que alguno de aquellos salvajes, quizá uno o varios de sus líderes, no hubieran podido escapar y pudieran reorganizarse para retomar sus sangrientos rituales. El fanático o el demente no abandonan sus prácticas criminales por la simple perspectiva de ser atrapados por una justicia que poca fuerza tiene ante su locura o sus profundas convicciones.

-¡Capitán! –volvió a gritar el policía, ahora más nervioso, incapaz de controlar el temblor de su voz.

Perkins volvió su atención al agente. Ensimismado en sus pensamientos, se había quedado contemplando al sacerdote rojo –o lo que fuera: basta con que un nombre nos permita identificar lo que queremos definir, aunque el nombre que le demos no sea el más apropiado- mientras su mente divagaba tratando de desentrañar los misterios de la locura humana. Entretanto el policía había proseguido con su análisis más o menos exhaustivo y ahora, paralizado por el terror, le había llamado, aunque, en realidad, aquella palabra -¡capitán!- fue una interjección más que una llamada, la forma en que la costumbre enseñaba a sus hombres a expresar su sorpresa y su miedo, buscando la atención de su superior para que él juzgase los hechos.

El agente no dijo una palabra más. Paralizado, seguía observando los restos del sacrificio ritual, observando quién sabe qué. Perkins quiso interrogarlo con la mirada, pero la vista del policía seguía clavada en aquel montón de carne muerta.

-¿Qué ocurre, agente? –dijo finalmente Perkins tratando de disimular su irritación ante la actitud poco respetuosa y nada profesional del joven con su oficial.

-Está vivo –dijo apenas sin entonación, como si su voz se hubiera muerto del propio espanto-. Se… ¡se ha movido! –gritó con inesperados bríos, como si con ello pudiera hacer más verosímiles sus palabras.

Perkins negó con la cabeza, dispuesto a echar de allí a aquel pusilánime. Aunque, reconociendo que él mismo se sentía amedrentado ante la escena, comprendió que estaba siendo demasiado duro –sólo en su mente, pues aún no había brotado de sus labios una sola palabra recriminatoria- con el jovencísimo agente. En lugar de hablar, siguió con su propia linterna el cuerpo del cadáver hasta el lugar donde reposaban el haz de luz y los ojos del policía. Por un instante no percibió nada anormal, luego, el escalofrío de terror se apoderó de él. Sus ojos pudieron comprobar como aquel amasijo de carne se movía leve y acompasadamente. Bajo aquella carne tumefacta todavía existía un corazón que se empeñaba en latir con parsimoniosa exactitud.

-¡Dios! –exclamó Perkins nuevamente, para quedar sumido en un silencio que afectaba tanto a su boca como a su mente paralizada, incapaz de esbozar un solo pensamiento coherente ante aquella escena inimaginable y terrible.

El ser informe que reposaba en el suelo estaba efectivamente vivo, si es que a ese penoso estado se le podía llamar apropiadamente vida. El amasijo de carne temblorosa se movía levemente al ritmo de un corazón que, increíblemente, era todavía capaz de latir. Perkins había contemplado escenas horripilantes a lo largo de su amplia carrera, pero ninguna era equiparable a esta monstruosidad. Sólo la fuerza de voluntad le permitió mantener la compostura y enfocar la linterna por aquel cuerpo mutilado para proseguir con su examen mientras el agente se retiraba a un lado para vomitar.

Perkins pudo comprobar que aquel ser estaba vivo, pero no lo comprendía. Aquel amasijo había sido desollado, despojado de sus huesos todos y, por increíble que fuera, sus torturadores habían sido capaces de quitarle cráneo, costillas o columna vertebral sin matarlo, al menos de modo inmediato. La agonía de aquella criatura había debido ser monstruosa mientras conservara un resto de consciencia. Perkins no dudaba de que aquellos asesinos sabían bien lo que hacían. Si no lo mataron fue porque no lo deseaban. Aquellas torturas eran parte de un ritual, tal vez también de un castigo. Los sufrimientos de la criatura debieron ser atroces. El corazón de aquello aún latía, sí,

pero era imposible que aquel amasijo conservara aún el hálito de un alma. Sabiendo que aquel hombre no podría sobrevivir a tan salvaje mutilación sólo deseó que su agonía concluyese cuanto antes y hasta tuvo que controlar el impulso de sacar su pistola y acabar de una vez con los sufrimientos de aquel ser, como cualquier buen hombre habría hecho con una bestia en semejante situación.

Nuevamente Perkins tuvo un pálpito, una intuición que le hizo sentir un escalofrío intenso y desagradable. Se esforzó en desechar aquel pensamiento, pero en su monstruosidad parecía demasiado razonable como para eliminarlo sin más. El capitán, no obstante, mantuvo la compostura y prosiguió con su exploración visual de aquel desgraciado. En un instante, el foco de su linterna se posó en una masa blancuzca que se correspondía con los sesos de la criatura. A un lado, como si hubieran sido colocados allí ex profeso, reposaban los dos ojos, conectados aún por sus correspondientes nervios a la brillante masa encefálica. Perkins ahogó una náusea de repugnancia, pero no pudo callar el grito que alcanzó sus labios cuando se encontró con la pupila marrón de uno de aquellos ojos que parecía observarlo desde su nada. Estaba seguro de que aquel ojo con su mirada vacía era el de su amigo Flanagan. La intuición, el pálpito, los temores, habían resultado terriblemente ciertos. Ahora Perkins sabía que la víctima del macabro ritual había sido su amigo, castigado de aquel modo por sus captores, con crueldad parsimoniosa, por haber cumplido fielmente con sus obligaciones.

-Señor, ¿le ocurre algo? –preguntó el agente, con rostro descompuesto, al oír la mezcla de gemido y alarido que brotó de la garganta de su jefe.

-Es Fla, agente, es Fla –respondió Perkins con inesperada serenidad y voz quejumbrosa.

Perkins envió al agente por ayuda. Pronto varios policías más acudían al lado de los restos de Flanagan. Minutos más tarde entraban los médicos, pero tan sólo para certificar que aquel guiñapo estaba muerto. No quisieron poner en duda las palabras del capitán, pero se declararon completamente seguros de que aquellos restos mutilados fueron privados de la vida horas atrás. Nadie puede sobrevivir a semejantes torturas. Aquel policía serio y de aspecto

imponente parecía hundido en su dolor. Un dolor que justificaba su reacción ante el compañero fallecido. Los médicos nada dijeron y se limitaron a llevarse el cadáver, junto con todos los demás, para su posterior autopsia previa al sepelio. Cuando los análisis determinaron que la muerte era posterior a la de las demás víctimas fue más sencillo aceptar el fallo de los forenses que la realidad de que el capitán pudiera estar en lo cierto.

Pero la realidad, ignorada por la ciencia y conocida por Perkins y uno de sus agentes, era que el corazón del malogrado Flanagan había dejado de latir sólo unos instantes antes de que acudieran los médicos. Y la realidad, que Perkins no llegó a conocer, fue que el propio Flanagan pudo contemplar la incredulidad de los rostros familiares que comprobaban su agonía.

Tras el hallazgo del cadáver mutilado, una meticulosa inspección encontró, cerca del osario, la ropa con que Flanagan se había introducido entre los sectarios por últimas vez, apoyando así las terribles sospechas de su jefe. Más tarde, las pruebas de ADN confirmaron que, efectivamente, las ropas eran de Flanagan, así como los huesos, carne y vísceras eran los del propio agente. Perkins tardó en superar esta pérdida. Muchos otros fueron incapaces, asimismo, de olvidar las terribles escenas de aquella jornada, de las que la pérdida del compañero era sólo una más entre otras tantas, aunque constituyera la más repugnante y monstruosa de ellas. Perkins escribió su informe. Los sectarios, desaparecidos todos o escondido alguno, no volvieron a dar señales de su existencia y el capitán, un mes después de la tragedia, tomó un permiso de quince días para irse a pescar a Escocia y volver más tranquilo y sereno, aunque no más feliz.

Si hubiera sabido con detalle de los padecimientos de su amigo Flanagan quizá su sueño y su ánimo habrían tardado aún más en recuperarse.

Que Mal Flanagan era un valiente nadie lo ponía en duda. Que, además, era un temerario era cosa sabida y recriminada por quienes mejor lo conocían, incluido su jefe Francis Perkins. Durante sus últimas y terribles horas también Flanagan comprendió y lamentó que su temeridad no constituía precisamente una virtud de la que ufanarse.

Sólo a un loco temerario se le habría ocurrido introducirse en aquel lugar. No era excusa válida la de cumplir con la obligación. Uno siempre puede cambiar de trabajo. Pero ése era su trabajo, el que le gustaba. Aquél que lo hacía sentir vivo. Algunos sólo se sienten vivos cuando están arriesgando la vida. Flanagan era uno de ellos. También el Francés, pero la diferencia de número tampoco justifica la locura acometida.

Los dos agentes, tras varios meses de investigación, habían logrado ingresar como acólitos de esa extraña congregación. Se supone que religiosa, aunque sus misas negras, sus rituales macabros y su completo desprecio por la vida hacían difícil pensar en sus miembros como en personas movidas por fe.

Flanagan sospechaba que los jefes de aquella organización eran lo bastante listos como para imaginar que algún traidor se les había colado y por eso sus planes no salían últimamente como deseaban. La locura o la crueldad no están reñidas con la inteligencia. Y aun con tales sospechas, no compartidas por Borjois, Flanagan se había metido, como quien dice, en la misma boca del lobo. Y a sabiendas. Pero no había tiempo que perder. El día de la masacre, al que los lunáticos denominaban de la purificación, se aproximaba y había que intentar salvar a todas las posibles víctimas que se hacinaban en los sótanos de su tétrico castillo. Los refuerzos llegarían, pero no inmediatamente. Y era necesaria la presencia de algún agente en el interior de aquel lugar de espanto para ayudar desde dentro. Flanagan y Borjois, obviamente, fueron los elegidos. No es que se presentaran de forma voluntaria pero, obedientemente, habían ejecutado las tareas ordenadas y ahora tampoco se opusieron a aquella locura. Es más, se fueron derechos a la mansión sin aguardar ulteriores órdenes o permisos.

Los fanáticos, evidentemente, sí que estaban sobre aviso. ¿Por qué, si no, aquellos controles en las puertas? ¿Por qué las preguntas aparentemente casuales? ¿Por qué aquel interés del sumo sacerdote? ¿Por qué el posterior interrogatorio? Demasiados porqués y sólo la certeza de que los satanistas sospechaban y estaban más o menos preparados para lo que se avecinaba. Borjois, dichoso de él, no

llegaría a verlo. Flanagan, para su desgracia, fue testigo mudo de todo lo sucedido.

Ninguno de los dos se fue de la lengua. Quizá sí lo hizo alguno de los rehenes, infiltrado entre las víctimas como ellos lo estaban entre los verdugos. La inicial amabilidad de sus supuestos compañeros se convirtió en impaciencia del interrogador y, finalmente, en la crueldad del torturador. Sólo que estos torturadores ya no aguardaban unas respuestas que no deseaban y quizá conocían de antemano. Sabían que ambos eran agentes de policía, ¿qué más necesitaban? Borjois trató de huir y fue afortunado: una bala le atravesó el cráneo de lado a lado. Flanagan también lo intentó, pero fue inmovilizado por los fuertes brazos de varios fanáticos que lo condujeron primero ante su líder y luego, siguiendo sus órdenes, a la cámara de los horrores.

Flanagan no conocía el habitáculo, aunque había oído hablar con aprensión de aquel lugar de sufrimiento. A algunos acólitos, tan sádicos y alucinados como sus superiores, con complacencia y admiración. También a varios aterrorizados rehenes a los que sólo habían llegado gritos y rumores. Nadie había vuelto de allí para contarlo.

-Para nuestro huésped tenemos preparado algo muy, muy especial –dijo entonces el Sacerdote Rojo, de nombre desconocido, mostrando su hipócrita sonrisa y exhibiendo unos dientes de salvaje depredador.

Flanagan fue atado a una mesa de piedra, altar demoniaco y sacrílego de las ceremonias. La piedra mostraba los inequívocos restos de anteriores sacrificios y despedía el típico olor metálico de la sangre. Varios acólitos lo desnudaron, inasequibles a sus súplicas e insensibles a sus forcejeos. Su jefe se colocó la túnica ritual, púrpura, en honor a su nombre. En su mano destelló un instante un objeto aguzado y pulido, finamente tallado, de hoja lisa y aguda como un primitivo bisturí. Era el cuchillo de marfil del que ya había oído hablar, la herramienta sagrada de sus más solemnes ceremonias.

Flanagan no se molestó en ahogar el primer grito. Tampoco los siguientes, que fueron más suaves tan sólo por el agotamiento y el efecto del inenarrable sufrimiento. Los acólitos compartieron una

extraña bebida, sin duda alucinógena, que embotó sus sentidos. Sólo los del oficiante y su víctima, Flanagan, permanecieron perfectamente lúcidos. Aquel sacerdote psicópata, cabecilla de su secta, realizó una primera y salvaje incisión en la frente del prisionero y, al modo de los pieles rojas de otras épocas, deslizó el cuero cabelludo de la víctima, que, pese al dolor, no llegó a perder el conocimiento. Sí que perdió la vista, cegado por la hemorragia, mientras sus demás sentidos quedaban embotados por el dolor, pero el oficiante ordenó a uno de sus acólitos que enjugase la abundante sangre para que el inmolado no se perdiese nada del espectáculo. Flanagan, torturado por el supremo dolor, volvió a ver y pudo contemplar su imagen calamitosa en los espejos que rodeaban la sala.

-Esto es sólo el principio –anunció el sacerdote de la secta.

Hubo entonces una pausa en sus sufrimientos. Flanagan tuvo la esperanza de que hubieran concluido. Como instantes antes había suplicado por una muerte piadosa. El oficiante se retiró, supuestamente para realizar algunas consultas. El agente Malcolm Flanagan fue tan ingenuo como para permitir que la esperanza renaciese en su maltrecha cabeza. Quizá eran sus compañeros los que habían iniciado el asalto final. Pero era imposible saberlo y, de ser así, él sería el primero en morir, admitió con más realismo.

El oficiante reapareció al poco tiempo. Parecía preocupado, aunque enseguida alteró la expresión de su rostro por aquella mueca cruel que le había dedicado poco antes de iniciar su sacrificio. Lento, lentísimo sacrificio, como el pobre Fla llegaría a comprender. De lejos llegaban gritos desgarradores. Dada la serenidad de sus captores, Flanagan comprendió que procedían de las gargantas de los rehenes, víctimas propiciatorias de aquel ceremonial sádico. Los satanistas estaban sacrificando a todos sus prisioneros y fabricando las escenas que la policía encontraría cuando, unas horas más tarde, iniciara el asalto de aquella fortaleza del mal.

Flanagan no escuchó más gritos ajenos. Hubo de dedicar sus sentidos en exclusiva a sí mismo. Sus padecimientos exigían una atención plena e indeseada por su parte. El oficiante se armó nuevamente con el cuchillo de marfil y, mientras los acólitos volvían a sujetar a la víctima, procedió a desgarrar minuciosamente su piel con

objeto de desollarlo tira a tira y entre salvajes gritos de dolor. Flanagan nunca pensó que pudieran existir dolores tan monstruosos ni que el sufrimiento pudiera prolongarse durante tanto tiempo sin que la víctima muriera o, simplemente, perdiera el conocimiento. Olvidaba que la escasa ciencia de aquellos lunáticos, una ciencia antigua y semiolvidada, alcanzaba tan sólo a ese tipo de asuntos: eran maestros del sadismo y el sufrimiento.

El oficiante reía como el loco que era mientras mostraba las piezas de piel y carne a su mutilada víctima. La sangre del sacrificio empapaba el rostro de aquel demente y, sin duda, el cuerpo de Flanagan era sólo una mancha roja y doliente que quizá mostraran también los espejos, pero Flanagan no se veía, porque los propios ojos estaban llenos de sangre y lágrimas, sus sentidos concentrados en el infinito dolor.

Desde entonces Flanagan apenas fue consciente de las palabras de aquel malvado. Tampoco de sus acciones, más allá del dolor que no cesaba. El dolor se había acumulado en su piel, pero sin piel y todo la carne echaba de menos esos nervios y mandaba idénticos mensajes de sufrimiento. El cerebro era tan sólo una burbuja de incomparable dolor. Mientras, el oficiante se dedicó, con meticulosidad de cirujano o de cocinero, a aliñar su carne. Cortó con su cuchillo los tendones, bañó los músculos con un líquido de olor ácido –cuyo aroma sí llegó a Flanagan a través de capas y capas de dolor- y, seguidamente, armado con unas extrañas tenazas, se dedicó a extraer huesos con pasmosa habilidad. Al desgarrar músculos o arrancar un hueso se producían hemorragias, pero aquellos salvajes estaban prontos a cauterizarlas. Flanagan no tuvo el consuelo de morir desangrado, como tampoco llegó a identificar como propio aquel ligero aroma a carne quemada que se sobreponía a los de la sangre o el ácido.

El macabro cirujano se ayudó de sierras, fórceps y palancas para cortar los huesos del cráneo, desgarrar el tórax, extraer una a una las costillas. Aquello no suponía nuevos dolores para Flanagan. El interior de nuestro cuerpo apenas es sensible, pero las terminaciones nerviosas laceradas seguían mandando al cerebro todas las sensaciones de su martirio como si fueran actuales. Otro cirujano

habría admirado la habilidad de aquel artesano del dolor. Era capaz de lograr lo que parecía imposible: mantener consciente a la víctima propiciatoria mientras se dedicaba a convertirla en un guiñapo de carne y vísceras, en un ser informe y mutilado.

Aquellos lunáticos le extrajeron todos sus huesos y fueron extendiendo sus músculos y vísceras sobre el suelo. La muerte sobrevendría finalmente a aquel amasijo palpitante pero, entretanto, la sangre bombeada torpemente por el corazón aún llevaría desde la piel del interior de sus pulmones algo de oxígeno hasta los órganos vitales, sus ojos aún verían, sus músculos serían capaces de contraerse, aun sin el apoyo de huesos a los que fijarse y los órganos extraerían algo de oxígeno del propio aire con el que contactaban hasta que su superficie se secase.

-En esto es en lo que te has convertido –exclamó al borde del éxtasis el oficiante.

Sus acólitos, próximos al éxtasis, acompañaron sus palabras con gritos de salvaje placer animal. Flanagan no escuchó las palabras, aunque sus ojos, colocados sobre el suelo junto a su cerebro en la posición adecuada, aún fueron capaces de contemplar la imagen de un loco cubierto de sangre que gesticulaba, como si quisiera mostrar la sala extendiendo ambos brazos frente a él.

El cerebro de Flanagan, embotado de dolor, no alcanzaba a comprender lo sucedido. Recordaba su desollamiento, pero no habría sido capaz de decir qué le había sido hecho. Para él aún tenía brazos, piernas, vísceras. Le sorprendía lo vívido de sus sensaciones y el hecho de no estar muerto todavía. Porque era consciente de que iba a morir. Más que miedo sintió un punto de aprensión. Su piel desprotegida era una autopista de entrada a su cuerpo para millones de microorganismos. En su dolor, Flanagan sintió deseos de reírse ante ese pensamiento. Iba a morir, pero inmediatamente y a manos de sus captores. Pensar en infecciones y en un futuro doloroso de injertos de piel era una alucinación, una estupidez parecida a la del noble francés que se coloca la peluca antes de recibir el golpe de la guillotina.

Entonces sus ojos recibieron nuevas imágenes. Quiso moverlos pero no pudo. Los tenía inmovilizados, aunque sabía que no le

habían anestesiado porque el dolor permanecía tan intenso como antes. Ojalá, pensó, el dolor desapareciera tan rápido como el olor. Quizá eso era la muerte, se dijo, pero se negó a aceptar una muerte en la que el dolor acompañase a la parálisis. Se obligó a fijar, no obstante, su vista en la escena ante sí. Ahora los acólitos corrían de un lado a otro, nerviosos y asustados. Flanagan deseo poder ver a su masacrador y leer también el pánico en su mirada. Pero el oficiante había desaparecido de su campo de visión. El informe guiñapo que fuera Flanagan decidió, estúpidamente esperanzado, que el miedo se debía a la llegada de sus compañeros que venían a rescatar a los rehenes, a salvarlo a él de su martirio.

Un acólito cayó sobre el suelo, casi delante de sus ojos, para los que la escena se redujo notablemente. Sólo unos instantes después, el moribundo se arrastró unos metros, dejando claro el paisaje. Flanagan quiso reír, pero no se oyó, igual que ya no escuchaba los terribles gritos que, sin duda, querían brotar de su garganta. A pocos metros yacía el Sacerdote Rojo, su asesino. Quizá muerto por los suyos o por sí mismo, ya que aún no se veían policías por allí. Flanagan, sobreponiéndose al dolor y a un cansancio profundo, intentó gritar, llamar a los suyos en su ayuda. Pero desde hacía unos minutos era consciente de que no podía respirar, de que sus pulmones eran incapaces de llenarse de aire a un simple golpe de voluntad. Tampoco podía parpadear y sus ojos, que debían dolerle, aunque no era capaz de discriminar aquel dolor concreto del general de todo su cuerpo, le mostraban una imagen cada vez más borrosa. Quizá, se dijo, al cabo sí había sido drogado de algún modo. ¿No se cuenta, acaso, que drogas como el curare paralizan todos los músculos y, sin embargo, no adormecen las sensaciones? Quizá era algo así lo que sucedía. Quizá era ésa la causa de la sensación de ahogo, del cansancio progresivo.

Pasaron algunos minutos más sin novedades, sin que ante sus ojos se desarrollase el mínimo movimiento por parte de los sectarios. Unos minutos que, subjetivamente, a Flanagan le parecieron horas eternas, prolongadas por el sopor irrefrenable que se adueñaba de él. Entonces algo se movió en la semipenumbra en que había quedado la sala. El inconfundible juego de luces y sombras de una linterna al balancearse se acercaba a él. Nuevamente quiso gritar, indiferente a

que el visitante fuera un amigo o un asesino. Entonces, ante sí, reconoció la bota de un agente. ¡Viva Scotland Yard! Todo había terminado: allí estaban los suyos.

Ningún grito acompañó su alegría, aunque el agente pareció verlo y se agachó junto a él con un gesto mezcla de miedo y repugnancia. Al poco las botas se alejaron junto con la luz. Un instante después volvieron las botas, junto con los inconfundibles zapatos de su amigo Perkins. ¡Oh, cielos, qué alegría, colega! Quiso gritarle: ¡soy, yo!, sin saber si lo habían reconocido en aquel guiñapo sin piel. Perkins se agachó y lo observó con aprensión que se leía en su mirada. ¡Soy yo!, quiso gritar Flanagan, que lo veía todo borroso y cuyo cerebro agotado daba más y más vueltas. Entonces quiso ver en el rostro del amigo el reconocimiento y trató infructuosamente de gritar, de levantarse. Él no lo supo, pero un último estremecimiento, como de gelatina, dotó a sus músculos, en los estertores de la muerte, de un mínimo temblor. Entonces Flanagan murió, el dolor sustituido por la placidez y un desagradable olor ácido que nunca identificó con el vómito del agente que lo había descubierto.

Para Malcolm Flanagan terminó el sufrimiento. Él –sus restos- y Borjois fueron enterrados con honores y recibieron sendas medallas a título póstumo. Perkins tuvo pesadillas durante una buena temporada. Y eso que no sabía hasta dónde llegaron los sufrimientos de su amigo y la crueldad de los fanáticos. Por suerte la secta no reapareció. Por suerte existen las vacaciones. Por fortuna aún puede uno relajarse pescando truchas, alguna carpa –salmón sólo en caso de milagro- en riachuelos de montaña de la vieja y tranquila Escocia.

Juan Luis Monedero Rodrigo

EL GRAN CONSPIRADOR

Soy un ente intemporal y anónimo y, desde que el mundo es mundo, elegí esta noble y altruista profesión de "Conspirador" o mejor, la conspiración era algo innato en mí y congénito a mi propia existencia.

A lo largo de la Historia de la Humanidad siempre he conspirado, arruinando y minando la salud física y psíquica de los hombres, pobres mortales, neófitos todos, en mayor o menor medida, de la teoría y la práctica conspiratoria. Siempre he conspirado contra

el poder establecido y nunca pude sustraerme a esta inclinación mía de eterno e irredento conspirador. He conspirado contra quienes han pretendido, orgullosos y soberbios, endiosarse y divinizarse y no he vacilado en convertirlos en polvo y cenizas. He conspirado contra todos y cada uno de los conspiradores que, conjurados, han creído obtener, momentáneamente, el éxito: una pírrica victoria que pronto se volvió contra ellos como un bumerán. He conspirado contra ancestrales mitos, religiosas observaciones, utópicos postulados, axiomáticas ideas, trasnochadas tradiciones, caducos principios, desde los más retrógrados hasta los que, pomposamente, se arrogaron el fatuo título de progresía, y siempre he logrado y lograré abatirlos, y reducirlos al más obsoleto y vano recuerdo, a la más irreversible y absoluta nada.

Quienes han conspirado contra mí eran unos ilusos aficionados, que no me conocían lo suficiente y que no fueron ni serán capaces de definir mi esencia. Yo soy el "Gran Conspirador", aunque me llamen Время, مرة , Χρονος, Zeit, Zaman, Tempo, Tempus, Tiempo, Temps, Time… o con otras mil y una acepciones en su confuso babel de lenguas.

Martin's

EL ATAQUE POR LA ESPALDA

(versos de una conspiración coprológica)

Yo estaba tan tranquilo, gozando del descanso,
bien dulce y merecido, que pronto se hizo amargo.
Cuando en la retaguardia, cargado de razones,
me asalta, por sorpresa, el enemigo armado,
con cuernos y trompetas, con truenos y petardos,
con gran artillería lanzada con cañones.
Yo te creí mi amigo y me estás traicionando,
¿conspiras contra mí, o sólo estás cagando?
Sé que tu ojo está ciego por otras ocasiones.
No me mires de frente, ¿qué es lo que estás tramando?
Me atacas por la espalda, te escucho voceando.
Detente, malandrín, no inicies tus acciones.
Me temo, señor mío, que hemos tocado en blando.

No esperaba en tu voz un tono tan nefando.
Cesa ya en tus disparos de oscuras intenciones,
cierra tu boca impía de aliento putrefacto,
todo lo que arrojaste va por la pata abajo.
Antón Martín Pirulero

LA MANO NEGRA

Debe de tener su punto de fascinante eso de pensar que tras cada hecho, trascendente o no, de nuestro mundo se esconde una mano oculta, manejadora de voluntades, dispensadora de favores y castigos, capaz de gobernar los asuntos del mundo a su voluntad. Aunque son tantas las manos negras que se postulan que, si todas ellas se encuentran en el reparto del poder, las porciones de la tarta a las que se hacen acreedoras deben de ser más pequeñas de lo que su fama hace sospechar.

Parece que a algunos les parece más verosímil aquello que no se explica con facilidad. Es como si los asuntos trascendentes e importantes, en particular los que incluyen connotaciones políticas o monetarias, sólo parezcan adquirir sentido cuando hay algún artífice oculto y desconocido manejando los hilos de la situación. Algún vago ente u organización secreta está detrás de cada decisión fatal, movida por sus intereses partidistas y, habitualmente, no muy lícitos. Siempre ha de haber otro poder tras el poder.

Y no es que el principio de Occam, ése de la navaja y las explicaciones sencillas, haya de cumplirse siempre. Pero es que en este asunto de las conspiraciones parece que nos atenemos al principio contrario, totalmente acientífico y reflejo de una visión soberanamente particular, según el cual las explicaciones simples y diáfanas nunca son válidas, como si fueran parte del engaño urdido por los oscuros responsables del asunto para confundir a las mentes simples, y siempre se prefiere la explicación truculenta y rebuscada a la sencilla. Que no digo que no pueda suceder a veces, pero suena a cosa de paranoicos u obsesivos más que de mentes racionales. Porque digo yo que, si tan poderosos son, qué necesidad tienen de andarse con secretos y ocultismos. ¿Por pudor? ¿Porque desean mantener una

imagen favorable? ¿Por la comodidad del anonimato? Bueno, cualquier explicación nos puede valer según qué circunstancias y si estamos dispuestos a admitirla. Pero yo tengo la idea de que el verdaderamente poderoso se sabe más allá de la justificación. Y la historia está llena de ejemplos de tiranos, reyes y poderosos varios haciendo su voluntad bien a las claras y sin ocultar sus razones. De tipos cometiendo tropelías y barbaridades pública y explícitamente con la única excusa de que podían permitírselo. Aunque alguno dejaba como jueces a la historia o al propio Dios, no por ello se ocultaban e incluso muchos, más bien, alardeaban de sus excesos. Lo cual sigue sucediendo hoy en día, cuando las manías propias y ajenas son mercancía informativa de la más usada en según qué medios "informativos". No es que el poder justifique, pero sí da la oportunidad de acción y elimina la necesidad del sigilo. Por eso me resulta curioso eso de la inefable mano oculta que todo lo controla, que inventa falsas razones para sus actos y enmascara sus motivaciones y sus fines. Para algunos parece que es mejor buscar responsables indefinidos antes que señalar con el dedo al claro culpable que hay ante sus narices.

Esto parece provocar cierta ceguera ante lo inmediato. En un mundo injusto y terrible como el nuestro, lleno de culpables, nos fijamos en el "más allá", en vez de en el vecino. Un ejemplo quizá sirva para mostrar este punto de vista.

Desde siempre hemos buscado, encontrado y hasta inventado organizaciones, sectas, logias, grupos ocultos tras el poder. Y ahora, cuando los poderosos manejan más dinero que nunca y a un nivel más internacional, nos llama la atención, hasta el punto de la fascinación, el hecho de que entre ellos organicen selectos clubes o asociaciones donde se toman decisiones de poder que afectan a todo el mundo. Se habla con miedo y admiración de ese elitista Club Bilderberg donde se decide el futuro del mundo como si de una secta misteriosa se tratara. Y no digo que entre ellos no se cuezan los destinos de millones de personas que a tan elevados personajes les importan lo que un pepino al del dicho. Lo que digo es que sus intenciones están tremendamente claras, y sus decisiones al respecto son más bien obvias y nada sorprendentes. Una cosa es que fomenten el secretismo y la exclusividad como parte de su modo de acción y otra muy distinta que

operen en la sombra a modo de mano oculta. No, la mano no es oculta sino bien visible y extensa, abarcando todo el firmamento vital de la mayoría de los pobres mortales.

Y no digo que no haya organizaciones misteriosas y ocultas, ni que carezcan de su parte de poder en la sombra. Lo que digo es que no por ello debemos cerrar los ojos a los poderes visibles que se nos muestran a las claras y nos manejan a su antojo sin necesidad de ocultarse. Buscar siempre detrás de lo que se nos muestra ante las narices no tiene por qué proporcionarnos arcanos conocimientos de profundidad insondable ni ponernos en contacto con fuentes primigenias de poder, tal vez nos sirva, ante todo, para cerrar los ojos ante los hechos trascendentes, lógicos y vulgares que nos rodean, ante las manos bien visibles que nos controlan sin ningún pudor ni ocultamiento.

Mi opinión es que los complots verdaderos e importantes que nos rodean tienen sus artífices bien visibles, aunque nos parezcan menos interesantes que los ocultos ficticios que siempre queremos imaginar.

Juan Luis Monedero Rodrigo

CONSPIRACIÓN VEGETAL

Pensando en este tema tan trillado de las conspiraciones me he acordado, curiosamente, de los miembros de una pequeña tribu amazónica cuya ingenuidad está más allá del más simple de los complots. ¿Por qué los he recordado? Porque ellos mismos son las víctimas de una conspiración que nada tiene que ver con los asuntos de los hombres, si bien los afecta y los arrastra sin que exista ninguna intencionalidad ni una mente gobernando los actos de los implicados en este enredo selvático de connotaciones darvinianas.

La tribu de los Qbiti tiene sus escasos asentamientos, más bien itinerantes, situados en una reducida zona de la Amazonia, a ambos lados de las fronteras brasileña y peruana. Pocos occidentales han logrado contactar con ellos, y rara vez se tienen noticias de sus actividades, ni siquiera de su mera presencia. Pero, desde los tiempos en que el señor Thomas Graves Leicester los visitó y dedicó casi un año a estudiarlos, es mucho y sorprendente lo que sabemos acerca de

sus modos de vida y, lo que es más interesante aún, de sus modos de morir.

En cuanto a su forma de vida, no me entretendré en exponerla. Sus hábitos no son muy distintos de los de otras tribus semejantes de cazadores-recolectores que recorren las selvas amazónicas. Más interesantes, y el motivo de este artículo, son sus costumbres mortuorias o, más bien y según su punto de vista, religiosas y ligadas a la trascendencia de la propia existencia.

Leicester, poco después de llegar al asentamiento de los Qbiti, fue testigo del más secreto de sus misterios místicos: el ritual del moribundo.

Si bien las tribus Qbiti pululan por una amplia región de la zona fronteriza, se limitan a dar vueltas en torno de un punto central de sus peregrinaciones: el bosque sagrado de los Qbiti, el G'ltenna Qubtiti, "el bosque de los ancestros" (de los padres de los padres de los Qbiti, en traducción literal). Nunca están los Qbiti, sea cual sea su tribu, a más de tres jornadas a pie del bosque sagrado, tal es la importancia de esa masa boscosa en su mitología y sus ritos religiosos.

Cuando un Qbiti enferma gravemente, es herido o alcanza edad tan avanzada como para suponer que su muerte está próxima, se acerca por sus propios medios, o es llevado por sus compañeros, hasta el bosque sagrado, donde se tenderá bajo uno de los árboles ancestrales para morir sin dolor o, como piensan los propios Qbiti, para perpetuar su existencia como un vegetal más entre los numerosos árboles sagrados, que forman su particular panteón.

Leicester, desconfiado por naturaleza, pero a la vez curioso, quiso comprobar por sus propios medios si había algo de peculiar en ese bosque que justificara la arraigada creencia indígena. Cualquier Qbiti afirmaba sin dudar que el bosque eliminaba el dolor y la pena y que, a la hora de la muerte, era el lugar donde la placidez invadía los cuerpos y las mentes antes de exhalar el último aliento. Allí se moría en paz. Más aún. No se moría del todo porque el cuerpo inerte permanecía y revivía en forma de hojas y flores que convertían al fallecido en árbol, en testigo y partícipe de aquella comunión mística, en compañero de los antepasados y mentor de los descendientes. Incluso muchos Qbiti, ante un trance complicado, al enfrentar un

problema o una situación difícil que requiere de meditación, acuden en peregrinación al bosque y permanecen entre sus troncos, ramas y raíces el tiempo necesario para hallar calma en la meditación y luego, con supremo esfuerzo de voluntad, escapan del magnetismo del lugar para seguir con sus vidas, agradeciendo a los ancestros su guía y despidiéndose de ellos hasta el día en que deban volver, en busca de consejo o para acompañarlos definitivamente.

El explorador, obviamente, no se creía esas historias. Pero, cuando acompañó a los Qbiti en un funeral (el de un cazador herido por un jaguar cuyas heridas infectadas le causaban terrible dolor y que pidió ser llevado al bosque para librarse de todo mal y morir en paz), comprobó que algo extraño sucedía en aquel lugar. Le sorprendió que los indígenas lo dejasen acompañarlos en su ritual sagrado. No era un secreto, sino un motivo de orgullo, una alegría que deseaban compartir. El herido, agonizante de dolor y fiebre, pasó aullando todo el trayecto, mientras sus amigos lo llevaban en parihuelas. Al llegar al bosque, todo cambió. La luz era la misma, los árboles semejantes a los de cualquier otro lugar de la región, pero allí la selva era silenciosa y se intuía un olor peculiar, difícil de describir, pero que llenaba las fosas nasales tanto como el lugar invadía de paz el corazón. Leicester se sintió adormecido y calmado, torpe y lento en sus movimientos y sus pensamientos. Igual les sucedió a los indios que, intimidados por el lugar sagrado, se apresuraron a dejar al herido junto a los árboles de su tribu, al lado del tronco donde murió su padre. Leicester, como en un sueño, se esforzó en seguirlos. Y tuvo la impresión, como en una visión, de que algunos arbustos y lianas tenían formas de persona, y también de animales. El lugar donde depositaron al moribundo se hallaba entre dos grandes árboles, una higuera extraña y otro que no reconoció, pero juraría que, en el suelo, se dibujaban en verde las figuras de un hombre sentado y de otro tumbado boca arriba, cuya silueta aún se intuía bajo el verde omnipresente.

-Es su padre –dijo uno de los acompañantes, con veneración.

Dejaron allí al herido, boca arriba, y Leicester comprobó cómo su rostro doliente se había relajado hasta el punto de transmitir una paz que horas antes parecía imposible. Su respiración pausada, el gesto amable de su boca y la placidez de sus ojos cerrados,

todo indicaba que ya no sentía dolor y que podía morir tranquilo. Los demás se despidieron alegres antes de abandonarlo y el occidental los siguió maravillado, mirando de vez en cuando hacia atrás, al moribundo que parecía sestear sobre el suelo. El propio explorador se sentía adormecido, como si alguna droga lo hubiera amodorrado. La sensación era tan agradable que le costaba avanzar, sabiendo que cada paso lo alejaba de aquel lugar fantástico.

Sólo después, cuando regresaron al poblado itinerante, Leicester fue capaz de pensar acerca de lo sucedido. La vuelta se realizó en silencio, todos los caminantes envueltos en una especie de bruma interior, como un Avalon espiritual, invadidos por una paz de espíritu que cualquiera podría identificar con el nirvana o el éxtasis místico. Pero Leicester era consciente de que allí había algo más. Más terrenal y natural que espiritual.

Por eso, al cabo de dos meses, cuando tenía suficiente confianza con los Qbiti, después de días de convivencia en paz, se atrevió a pedirles que le enseñaran de nuevo el camino para poderse ir a meditar en su bosque sagrado. Sus amigos se mostraron complacidos por su interés, como si aquel gesto lo convirtiera en un verdadero Qbiti y no un extranjero amable. Allí lo llevaron y allí lo dejaron con sus pensamientos, aconsejándole que fuera fuerte y no se dejara vencer por la atracción de los espíritus. Sólo quien iba a morir debería permanecer entre los muertos, por grande que fuera la magia del lugar.

Solo entre los árboles, medio mareado y adormecido por aquel sutil aroma, Leicester fue capaz de analizar la situación y extraer la verdad del mito que estaba viviendo, en la forma de un delicioso embotamiento, en sus propias carnes.

Comprobó que, efectivamente, bajo algunas masas herbosas, como pequeñas enredaderas o plantas trepadoras al modo de las campanillas, se escondían los cadáveres en descomposición de pequeños y grandes animales, también de humanos, Qbiti sin duda. Su mente se ralentizaba por momentos y el sueño lo invadía, pero fue capaz de vencerlo y agacharse sobre aquellas plantas. Al arrancar un brote y olerlo sintió que su corazón se relajaba, el aroma, floral y tenue, que todo lo invadía, era más intenso en aquellos tallos. Y

Leicester, confuso por el poder anestésico del lugar, comenzó a comprender. Arrancó unas cuantas plantas y las guardó en su bolso. Se obligó a recorrer cierta extensión del bosque pese a la modorra y comprobó que las raícillas de aquellas hierbas penetraban bajo la piel de sus presas, nutriéndose de sus jugos. Y entonces, sin esperar más y temeroso de que el embrujo, que ahora sabía que era químico, se apoderara de él, se obligó a salir de aquel lugar. Cuando se encontró fuera, al menos lo bastante lejos como para que el perfume hubiera abandonado su nariz y sus pulmones, se relajó y respiró hondo, tratando de sacudirse la modorra. El bosque era pequeño, tal vez más de lo que había imaginado, y constituía un ecosistema peculiar dentro de aquella zona de la selva. La diferencia con el resto de la floresta la marcaba una pequeña planta que guardaba en su bolsa y que estudiaría más tarde, cuando la llevara al mundo civilizado y la hiciera analizar en un laboratorio.

Aún permaneció unos meses entre los Qbiti y aún visitó el bosque sagrado en varias ocasiones más, tan sólo para reafirmarse en sus conclusiones que, más tarde, se verían confirmadas por los datos de laboratorio.

Thomas Leicester llamó a su planta *Leicesteria analodinia*, con un nombre que hacía referencia tanto a su propio descubrimiento como a las propiedades analgésicas del vegetal. Porque la planta en cuestión era una enredadera parásita y carnívora que compensaba la escasez de nutrientes del suelo de su bosque, donde crecía como endemismo, con los elementos de la carne en descomposición. Se comprobó que la planta poseía unas glándulas odoríferas de las que se difundía no sólo el perfume sino la molécula anestésica que calmaba el dolor y aletargaba a quien la aspiraba. Por eso el bosque estaba en silencio y por eso los moribundos hallaban la placidez anhelada. La planta los dormía y los invadía poco a poco para sacar de ellos su sustento, hundiendo sus raíces en los cuerpos en descomposición. Por eso los cadáveres quedaban bajo las hojas y, durante años, se reconocían las siluetas de los fallecidos, convertidas en estatuas verdes adoradas por todos. Parasitismo o simbiosis, planta y hombre se sienten satisfechos con el resultado de su relación: la planta se alimenta y los hombres se libran del dolor y aun pueden imaginarse imbuidos por los

espíritus de sus ancestros mientras la droga –que fue llamada analodina y resultó ser un alcaloide extraño y moderadamente tóxico- los poseía y curaba sus dolores. Se trata de selección natural, de una asociación interespecífica. Pero sería difícil hacérsela comprender a los Qbiti y menos aún conseguir que cambiasen sus costumbres y la interpretación que hacen de las mismas. Con lo que, desde los tiempos de Leicester, es seguro que, si aún no se han extinguido, deben de seguir con sus rituales mortuorios, sin saber que, en realidad, y por agradable que les parezca la experiencia, son víctimas de una inconsciente conspiración vegetal.

Entretanto, parece ser que algún laboratorio bien informado, anda tras la planta para aislar el principio activo y tal vez modificarlo y comercializarlo en la forma de un medicamento de uso sanitario. También yo, debo confesarlo, creo que es más hermoso su uso tradicional por parte de los ignorantes y satisfechos Qbiti.

Euforia de Lego

PEOR QUE IGNORADO

La presente historia pretende justificar a un hombre y desenmascarar a otro, sin condenarlo. Es, pues, la historia de dos hombres, pero contada, ante todo, a través de sus obras. Tal vez el lector no conozca siquiera sus nombres, pero ambos, de uno u otro modo, merecen figurar en la memoria.

La relación que puede existir entre un indio paraguayo y un irlandés victoriano que vivió cuando el primero ya había muerto resultará oscura, probablemente, al lector. Esta relación y sus consecuencias fueron recuperadas hace poco tiempo por él señor O'Connel, nieto de uno de nuestros personajes, y es tiempo ya de hacerles justicia a ambos.

El principio de la historia puede parecer sencillo o complejo, según se quiera ver, como el de cualquier historia. Míster Percival O'Finnegan era hijo natural de un lord inglés -no vamos aquí a dar su nombre por evitar algún problema a sus herederos legítimos- y la señorita Finnegan. El lord, casado y con obligaciones, no pudo dar su apellido a Percival, pero sí benefició, tanto a su madre como a él, en lo material, de modo que el joven Finnegan vivió en la comodidad y

recibió una notable educación, lejos, eso sí, de los famosos colegios ingleses cuyas puertas le cerraba su ilegitimidad. No obstante, Finnegan acudió a la universidad en Dublín, donde cursó estudios de literatura y filología, siguiendo sus naturales intereses, y frecuentó, durante algún tiempo, los círculos intelectuales, a veces mezclados con los revolucionarios, de la capital irlandesa.

Era Finnegan relativamente conocido entre la sociedad erudita, así que resultó en cierto modo sorprendente su decisión. Tan sólo había publicado un estudio sobre algunas leyendas de las aldeas que le vieron nacer, un cuadernillo de inocentes poesías y algunos artículos en varios periódicos de mediana tirada, pero todos los personajes cultos de Dublín auguraban a Finnegan un porvenir brillante y, cuando menos, una plaza segura en algún colegio o universidad. Pero Finnegan, inesperada, precipitadamente, decidió marcharse del país. Y no precisamente a la isla vecina, lo cual habría sido comprensible. Cientos de jóvenes de buena posición marchaban a Londres, la capital del Imperio, buscando su presentación en el Gran Mundo o una fortuna mayor que la heredada. Ni tampoco marchaba al continente, lo cual aún habría sido justificable. No, se iba al fin del mundo.

Se decía, entre aquellos que lo conocían, que su marcha a las Américas -al sur era donde pretendía ir- se debía al deseo de huir. Se rumoreaba que el joven Percival había sufrido un desengaño amoroso -otros peor intencionados lo sustituían por una reyerta o unas deudas de juego- que quería olvidar poniendo por medio no sólo tierra sino el ancho mar.

De nada sirvieron las súplicas de su madre ni los consejos de sus maestros. Finnegan, que había crecido leyendo a los clásicos y empapándose de las aventuras más extraordinarias, obtuvo el dinero necesario del caballero inglés que lo engendrara y se embarcó a ultramar. Justificó su marcha no con la excusa de buscar aventuras sino con la pretensión de estudiar alguna de las ignotas culturas y lenguas indígenas. ¿Por que escogió Sudamérica? Quién sabe. Tal

vez era cierta su curiosidad. Simplemente se embarcó para Buenos Aires y desde allí inició el peregrinar que cambiaría su tranquila vida dublinesa.

Permaneció varios meses en la capital del Plata, donde entabló relación con los selectos círculos de emigrantes británicos y donde conoció a la que más tarde sería su mujer, una escocesa de pelo rubio llamada Jenny McCormick, de dudoso origen. En la capital argentina dio clases de inglés y francés, idioma que también dominaba, a la par que progresó en sus conocimientos de la lengua castellana. Al cabo de un tiempo, fiel a su idea de explorar otras culturas, Finnegan reunió el dinero ganado con sus clases y marchó a visitar el país de los orientales. El dinero que trajo de Dublín quedó confiado a la señorita McCormick en previsión de alguna pérdida. Pero como la Pampa uruguaya no le resultó muy diferente de la argentina y los tipos gauchescos de la ancha pradera no colmaban sus expectativas intelectuales, el irlandés decidió cambiar nuevamente de aires.

Buscando lo recóndito y apartado, estuvo tentado de visitar la Patagonia y, más al sur, la tierra de los fueguinos, pero alguien le recomendó otros indígenas como objeto de estudio antes que los otrora salvajes australes. Un sacerdote, el padre Marañón, que había estado en el Paraguay, le recomendó que visitara alguna aldea guaraní de aquel país, donde encontraría una cultura y una lengua posiblemente más ricas que las de Tierra del Fuego. Percival había oído hablar de las reducciones jesuíticas donde, al parecer, se conservó la cultura aborigen de la región y no vio con malos ojos la sugerencia del párroco.

Se inició, pues, lo que parecía ser un viaje más en la vida de este precoz e inquieto viajero. Sin embargo este viaje, que no fue el último, resultó ser el más importante de su vida, aquél que cambiaría su futuro.

Percival Finnegan llegó a Asunción el día cuatro de febrero de 1862, en pleno verano austral, y allí permaneció cerca de un mes, ultimando los preparativos de su expedición, familiarizándose con la región y sus gentes. Tras sus entrevistas con el padre Marañón, Finnegan tenía claro hacia dónde orientaría sus pasos. Cuando partió de Asunción se dirigió a la región occidental del Chaco, hacia la Misión de San Pancracio, pueblecillo levantado donde antes se

hallaron los jesuitas y en cuyos alrededores se encontraban las aldeas de las que el padre le había hablado.

Para un británico civilizado, aunque procediera de la indómita Irlanda, aquellas tierras salvajes y semidesiertas ejercían una fascinación especial. Las gentes, en su mayoría de rasgos aindiados, eran igualmente sorprendentes: en apariencia frágiles y débiles, siempre huidizos y no exentos de un cierto aire melancólico con el que se protegían de todo lo extraño, pero tras aquel disfraz se escondía gente fuerte, segura de sí, habituada al páramo inhóspito y a una historia que desde hacía siglos venía siendo cruel para ellos. Finnegan, poco a poco, fue aprendiendo los rudimentos de aquel extraño lenguaje guaraní, más fascinante cuanto más lo conocía.

No era fácil ganarse la confianza de los indios, sobretodo al principio. Ni siquiera los criollos que llevaban toda su vida en la región habían conseguido penetrar en sus secretos. Finnegan era, por añadidura, extranjero, y los indios recelaban más de él aún si cabe. Pero la perseverancia tuvo al fin sus frutos. El interés de Finnegan por aprender sus costumbres y, ante todo, su lengua fue abriéndole las puertas de aquellas miserables casuchas. Además, Percival tuvo la suerte de conocer en una de las minúsculas aldeas a un personaje curioso: Heliodoro Iyabaquiche, un tipo excepcional entre sus convecinos.

Heliodoro era una especie de alcalde, de secretario, de maestro, en aquel lugar. Era el único indio adulto, junto con su hermano Adalberto, que sabía leer y escribir. A la par, su cultura le hacía curioso y abierto a lo extraño, incluido un forastero como Finnegan. Al poco de llegar el irlandés a San Pancracio, contactó con Heliodoro y se convirtió en su huésped. Finnegan se alojó en casa del indio, en una habitación sencilla pero limpia, y allí comenzó sus estudios del guaraní con la ayuda del propio anfitrión.

En aquella región no se hablaba el guaraní puro ni tampoco un dialecto en sentido literal. Los pobladores de aquellas aldeas eran los últimos miembros de una tribu, de un clan que había conservado en lo posible costumbres y lenguas más ancestrales. El guaraní estaba mezclado con una lengua caingang, etnia a la que decían pertenecer

las indígenas, lo cual, si bien dificultó los estudios de Finnegan, los hizo más interesantes por cuanto aquella lengua y aquellas costumbres eran si cabe más desconocidas aún en occidente que las guaraníes.

Percival aprovechó la confianza de Heliodoro para ganarse la de sus vecinos y sus conocimientos para ampliar considerablemente los propios. Heliodoro era un personaje inesperado en un lugar así. Era, a su modo, culto y refinado, poro poseía esa ingenuidad que suele caracterizar a los inocentes. Su casa, aparte de las lejanas haciendas, era el único centro de lo que un europeo como Finnegan podía entender como cultura, dentro de San Pancracio. Sin embargo, no es Heliodoro el otro personaje clave de nuestra historia.

En los estudios etnográficos, sociológicos y lingüísticos de Finnegan, quizá no tenía cabida aquel extraordinario espécimen de la raza caingang llamado Heliodoro, pero el irlandés, por supuesto, sintió curiosidad por la historia de la familia Iyabaquiche. Finnegan no pretendía resultar descortés o entrometido y se limitó en un principio a hacer preguntas casuales a Heliodoro, pero, como este parecía dispuesto a hablar sobre sí mismo y los suyos, Finnegan se atrevió un día a preguntarle cómo era posible que en aquel lugar hubiera surgido una figura como él. La sonrisa de Heliodoro, un gesto tan extraño entre aquellas gentes, le hizo comprender que el indio estaba deseando oír aquella pregunta, orgulloso de su historia,

San Pancracio no siempre había sido así. Sólo veinte años atrás aún había un sacerdote en la parroquia y cincuenta años antes funcionaba todavía la misión. Eran otros tiempos. No había hacendados en la región. Los indios eran igual de pobres pero manejaban sus propios asuntos con la ayuda de los misioneros. Más tarde la misión quedó abandonada y sólo quedó un cura a cargo de San Pancracio. En aquella época vivió el padre de Heliodoro, Manuel Iyabaquiche, un personaje aún más curioso que su propio hijo. Manuel era un muchacho de inteligencia despierta, activo y curioso. Desde niño ayudó al párroco como acólito en la iglesia. El curita sentía un aprecio especial por Manuel. Casi todos los niños acudían a sus catequesis los domingos, entre ellos Manuel, quien un día se acercó al padre y le dijo que le gustaría poder leer en alguno de aquellos

gruesos libros de los que el cura extraía las historias y enseñanzas que les daba. El curita, sorprendido, decidió enseñarle a leer y escribir, a sumar y multiplicar. Ninguno de sus compañeros de juegos sintió interés por aquellas clases y Manuel fue el único alumno del maestro. Un alumno excepcional: en poco tiempo aprendió a leer y escribir correctamente, a operar con los números y algunos rudimentos de historia y geografía. El cura poco más pudo enseñarle. Manuel tuvo que encargarse de los maizales y el ganado de la familia y abandonó incluso sus labores de monaguillo. Pero siempre que tenía ocasión leía todo aquello que caía en sus manos. Un día Manuel se acercó al cura entre avergonzado y anhelante:

-Padre, ¿cree usted que yo podría escribir las leyendas de mi pueblo?

Aquella pregunta sorprendió al párroco. Curioso por ver el resultado le dijo que sí, que podría hacerlo. El joven Manuel entonces, como si hubiera estado esperando ese consentimiento, le preguntó si podría conseguirle papel y pluma y el padre, nuevamente, asintió.

Allí comenzó la afición de Manuel. Primero escribió los cuentos y leyendas de los caingang, sus mitos, después relató sus costumbres, su pasado y más adelante se atrevió a inventar y desarrollar sus propias historias. Manuel, el pastor y campesino, se convirtió en escritor y escriba. Nadie, salvo el cura, leía sus relatos, pero sus convecinos acudían a él cuando tenían que escribir o leer cartas. Manuel, con el tiempo, se convirtió en una especie de secretario, en juez de los asuntos del pueblo, en el sabio local. Vivió una vida sosegada, se casó, tuvo hijos a los que enseñó a leer y escribir y se contó a través del papel todas las historias que bullían en su cabeza. Veinticinco años atrás murió en paz consigo mismo y con los demás. Curioso personaje Manuel Iyabaquiche. Cuando, unos años después, la parroquia quedó sin sacerdote, fue su hijo Heliodoro quien se hizo cargo de todos los asuntos administrativos.

Heliodoro no podía negarlo: se sentía orgulloso de su padre y no era para menos. Cuando Finnegan, movido ciertamente por la curiosidad, le preguntó si conservaba alguno de los escritos de su padre, el rostro del indio se iluminó. Efectivamente conservaba todos sus escritos. A él, personalmente, le parecían muy buenos, pero claro,

era su padre. En todo caso, le dijo a Finnegan, malos o buenos le podrían servir para su estudio, si los deseaba leer, ya que en ellos, al menos en los primeros, se incluían la historia, costumbres y mitos caingang. Percival, por supuesto, aceptó el ofrecimiento. Seguía sintiendo curiosidad, pero además le impulsaba a ello el agradecimiento hacia el indio que tanto le había ayudado y que ahora se mostraba emocionado ante la idea de que un extranjero cultivado en las letras pudiera leer los escritos de su admirado padre. Heliodoro no se hizo de rogar. A la mañana siguiente, cuando Finnegan apenas se había desperezado y se encontraba desayunando, se presentó ante él con un hatillo de papeles amarillentos en la mano. Eran los papeles de su padre, parte de ellos al menos. Percival le agradeció aquella gentileza más efusivamente de lo que sentía, satisfecho de poder ver la emoción en uno de aquellos rostros imperturbables.

Finnegan siguió con sus estudios, demorando, sin querer, la lectura del manuscrito. Una noche, casi una semana después de tenerlo en su poder, Percival desató el hatillo y varias docenas de páginas escritas con letra apretada se deslizaron sobre su escritorio. Seis pliegos de papel amarillo, cosidos con hilo a modo de cuadernillos, constituían el legado de Manuel Iyabaquiche, parte de él al menos. Con curiosidad, venciendo la pereza que suponía lanzarse a traducir unas páginas extrañas, quizá aburridas o de difícil lectura, Percival tomó uno de los cuadernillos. No tenía título ni numeración en las páginas, sólo la fecha de inicio. Una letra cuidadosa, pulcra y esforzada, como de niño de escuela, se apretaba en párrafos compactos, que aprovechaban al máximo el papel que tal vez resultaba escaso y valioso. Finnegan suspiró y empezó a leer la primera página. Nada más comenzar sonrió. Estaba escrito, o eso parecía, en la lengua caingang-guaraní que había estado aprendiendo. Como no tenía constancia de otra cosa, supuso que aquel inverosímil Manuel Iyabaquiche había inventado, tal vez sin saberlo, la ortografía de su lengua vernácula.

Con un estilo sencillo y trabajoso, Manuel relataba las increíbles leyendas de su pueblo, infantiles y grandiosas, simples y profundas. Cómo los dioses crearon el mundo y situaron al pueblo

caingang a la cabeza de la creación, las luchas divinas que se traslucían en los hechos naturales, las proezas de los héroes tribales, mito y realidad dándose la mano. Percival, sin quererlo, quedó enganchado a la lectura y pasó casi toda la noche en vela traduciendo, mentalmente, el primer cuadernillo. Leía las páginas sonriente, pasmado por la habilidad inesperada del redactor. Notaba la creciente seguridad del escritor. Con su estilo sencillo, a veces infantil, ingenuo, lograba plasmar con gran frescura todas las leyendas locales que para él habían sido parte sin duda de su vida. Percival se sintió más satisfecho de lo que a la mañana siguiente dio a entender a Heliodoro. Tenía previsto traducir al inglés aquellos cuadernos y comentarlos, incluirlos en el libro antropológico-lingüístico que sobre los caingang-guaraníes pensaba escribir.

En los días sucesivos prosiguió la lectura y, uno tras otro, concluyó los seis cuadernillos. Los cuatro primeros, en el orden en que venían en el hatillo, contenían los mitos y leyendas del país, los dos últimos la historia, más o menos imaginativa y desfigurada pero con mucho de realidad, de aquel pueblo. Indudablemente, Manuel Iyabaquiche tenía grandes cualidades, para ser un indígena –este pensamiento se deslizó casi inconscientemente en el cerebro del irlandés-. De un pliego a otro se hacía patente una notable progresión en el estilo y las formas; la redacción se hacía más segura y correcta, la expresión más cuidada.

-¿No escribió nada más tu padre? -le preguntó a Heliodoro al concluir los seis cuadernillos, disimulando la agitación que provocaban en él la pregunta y sus posibles respuestas.

-Sí, sí que escribió más cosas -le contestó Heliodoro con una amplia sonrisa que dejaba ver su dentadura amarillenta y mellada-, pero cosas diferentes.

-No me importa. No sabes lo importantes que son los escritos de tu padre para mi obra sobre vuestro pueblo. Jamás podré agradecer lo bastante tu ayuda, tu hospitalidad y la de tu familia.

Heliodoro se ruborizó ante tantas atenciones y corrió al fondo del salón hasta un arcón de madera del que extrajo un nuevo hatillo de papeles amarillos, más grueso que el anterior.

-Éstas son todas sus obras originales, sus novelas -al pronunciar la última palabra Heliodoro bajó la voz como avergonzado por llamar a las obras de su padre de aquel modo.

-Gracias, Heliodoro. Me serán de gran utilidad para mi estudio lingüístico

-Señor Finnegan, cuando las lea dígame sinceramente si le han gustado. Es importante para mí saberlo.

Percival le dio su palabra de hacerlo y se llevó los pliegos a su cuarto. Se trataba de diez cuadernillos rellenos con la misma letra apretada y cuidadosa que los anteriores. Con cierto fastidio, los abandonó sobre su escritorio hasta una ocasión posterior en que leerlos. Aquel día tenía que visitar una aldea vecina que se encontraba en fiestas, una oportunidad única de observar el folclore local mezclado con la influencia hispánica.

Regresó por la noche, con muchas notas bajo el brazo sobre las danzas, cantos, músicas, rituales de aquellas gentes. Estaba cansado pero no resistió la tentación de tomar el primer cuadernillo del padre de Heliodoro. Sentía curiosidad por ver qué de nuevo podía encontrar entre sus páginas, qué podía salir de la imaginación de un indio en colaboración con su estilo simple y casi infantil. Sin duda, lo que encontró en los primeros párrafos lo sorprendió.

El estilo seguía siendo sencillo, las palabras y frases similares a las de los pliegos anteriores, pero parecía la obra de otro hombre, de un Manuel más maduro y experimentado. Percival se sintió absorbido por la lectura, fascinado, incrédulo a ratos y, en algún momento, espantado, incapaz de admitir aquella obra. Manuel relataba una historia casi vulgar, de gentes de su tierra, de su mundo propio, pero la narración poseía una fuerza desgarradora. Era una historia de personas, de paisajes, costumbres e ideas propias y ajenas, relatada con una vitalidad inusitada, con una maestría insospechada. En el papel no había palabras sino verdaderos seres de carne y hueso retratados con sus miserias y virtudes, tristezas y alegrías. Finnegan pasó del asombro a la envidia y el horror. Inconscientemente, sus prejuicios culturales y hasta raciales le hicieron negarse la autoría de aquella culminación de la belleza. No podía ser que un miserable indio autodidacta hubiera sido tocado por los ángeles con la gracia de la

poesía pura. Aquellas páginas amarillentas contenían todo aquello que Percival Finnegan, aspirante a escritor, hubiera deseado escribir alguna vez. Era la obra que todo escritor aspiraba a escribir.

Cuando terminó el primer cuadernillo, indiferente a la hora, se lanzó con avidez sobre el segundo. Era éste más voluminoso que el primero, mejor escrito aún, increíblemente más bello, con una historia más compleja y mejor resuelta estilística y formalmente. Percival pasaba las páginas atónito, con ojos incrédulos, sorprendido por cada nuevo hallazgo del indio Iyabaquiche. Pasó, imposible detenerse, al tercero. Había amanecido o tal vez era ya mediodía. Se trataba de una sucesión de cuentos fantásticos, desbordantes de imaginación, ternura, pasión, de una brillantez incomparable. Rabioso, abandonó uno de los maravillosos cuentos a la mitad de la lectura. Heliodoro pasó junto a la ventana y le saludó. Devolvió el saludo forzándose a sonreír. Tomó los pliegos que restaban y caminó por las calles de la aldea, fuera de ella, se sentó a la sombra de un urunday y prosiguió, ensimismado, hipnotizado, la lectura. El cuarto pliego era una nueva novelilla del indio. Una fascinante historia que revivía ante sus ojos con incomparable realismo. Manuel Iyabaquiche era, sin duda, un ser excepcional. Un genio entre sus gentes. ¿De qué habría sido capaz un hombre así si hubiera recibido una cultura refinada? Era un ignorante, un pastor, un sertonero, un indio. Finnegan tuvo que confesarse que sus prejuicios le impedían admitir racionalmente que un representante de una raza, de una cultura inferior, pudiera ser el autor de aquellas obras perfectas. Se martirizó leyendo los siguientes pliegos: el quinto, el sexto, el séptimo. Cada uno era un nuevo descubrimiento. Una novela de incomparable belleza, una serie de poesías y versos apenas rimados, ingenuos, de construcción simplísima que desgarraban su alma de alborozo, de piedad, de amor infinito. Otros cuentecillos de una presencia y modernidad impresionantes. Imágenes tan vivas que caminaban ante sus ojos descritas con inusitada maestría. Cayó la tarde y regresó a la aldea, a la casa. Un nuevo saludo de Heliodoro, una pregunta inocente:

-¿Qué tal las historias de mi padre? ¿Ha leído ya algo?

Un tremendo esfuerzo de voluntad para disimular la envidia que lo corroía, su odio, para esbozar una respuesta y mentir:

-No están mal del todo, considerando que su padre nunca recibió una verdadera educación.

-Pero, ¿son buenas?

-No diría yo tanto -respondió pomposamente.

Cenó rápidamente, silencioso, y se encerró en su cuarto para seguir leyendo, embrujado, cautivado. Los tres últimos pliegos pasaron ante sus ojos, cansados, a punto de salirse de sus órbitas, fascinados. Tres nuevas novelas llenas de belleza indescriptible, sembradas de descubrimientos literarios, de ideas novedosas, de sentimientos expresados con la mayor sabiduría. Cuando Finnegan, exhausto, terminó la última página redactada por la mano de Manuel Iyabaquiche, final de aquel décimo pliego inconcluso, tal vez segado por la muerte del autor, sintió que la cabeza le daba vueltas, sumida en una irrealidad de la que no se sentía capaz de escapar. Ebrio de aquello pliegos, tuvo tentaciones de preguntarle a Heliodoro si su padre tenía más obras. No, no las había. Le había dado, eso dijo al entregárselos, el resto de los pliegos. Como si no fuera él sino otra persona, Finnegan sintió que había muerto, que aquellas páginas, humillantes para él, habían terminado con su vieja vida.

Finnegan, como una sombra de sí mismo, permaneció unos meses más en San Pancracio. Disimulando su frustración, se dedicó a copiar y traducir las obras de Manuel Iyabaquiche que, era curioso, estaban todas sin firmar. Sin demostrar la fascinación que aquellas páginas ejercían sobre él, Finnegan se justificó ante Heliodoro diciendo que las obras de su padre eran importantes para su trabajo antropológico-língüístico.

-Y tú, ¿no has escrito nunca nada? -le preguntó un día a Heliodoro.

-No, no he tenido esa afición -le respondió bajando los ojos, pensando tal vez, se dijo Finnegan, que después de leer la obra del indio Manuel nadie podía sentirse tentado a escribir de nuevo, ante la imposibilidad de acercarse al maestro.

Un día el irlandés Percival O'Finnegan dijo que se marchaba. Se despidió de los vecinos del pueblo, de Heliodoro y su familia. Prometió que volvería algún día, que enviaría un ejemplar de su obra, que no los olvidaría y, aunque en verdad no volvió ni remitió

el ejemplar, lo cierto es que no pudo olvidar a los indios, en especial a los Iyabaquiche, aunque lo intentó.

El cuatro de enero de 1864, casi dos años después de su marcha, llegó a Asunción. Dos meses después se encontraba en Buenos Aires junto a la señorita Jenny McCormick, pidiéndole que se casara con él y volvieran juntos a su Irlanda natal. La escocesa aceptó y ambos desembarcaron en Londres cinco meses después y llegaron, por fin, a Dublín, el ocho de julio de 1865. Finnegan jamás volvería a salir de aquella ciudad donde impartió clases de español como profesor titular de la universidad. Publicó su trabajo sobre los caingang-guaraníes, casi ignorado entre los miembros de la comunidad intelectual, y no volvió a escribir una línea de literatura en su vida. Tuvo dos hijos: Patrick, que murió de unas fiebres, y Nelly ni Finnegan, que sería madre del señor O'Connel, el que desvelaría finalmente el misterio.

En realidad, poco importó que Finnegan se olvidara de sus amigos indios y no volviera a ellos ni les enviara su volumen. De nada hubiera servido. En 1866, en plena guerra entre Paraguay y sus vecinos argentinos, brasileños y uruguayos, una expedición, al mando del capitán de lanceros gauchos Federico Leao, llegó a San Pancracio, que quiso la suerte se encontrara en pleno campo de operaciones militares.

-¿Con quién están ustedes? -preguntó el capitán a los indios.

-¡Viva la República del Paraguay!- respondieron inocentemente, como otras veces ante las patrullas rurales, los indios de San Pancracio.

El capitán brasileño arrasó el pueblo y sus tierras y exterminó a las gentes del lugar. La cultura caingang-guaraní que estudió Finnegan, su dialecto, sus costumbres y los manuscritos del indio Manuel Iyabaquiche, dejaron de existir en aquella guerra de locos.

Percival Finnegan escribió su obra sobre una etnia desaparecida sin saber que sus amigos indios se habían extinguido. Para su obra utilizó parte del material de Manuel Iyabaquiche, la parte de sus obras que incluía mitología e historia, y los escritos del

indio también le sirvieron para desarrollar una gramática del dialecto. Sin embargo, la otra parte de su obra, las maravillosas novelas, poesías, cuentos, una verdadera obsesión para Finnegan, permaneció en el olvido durante mucho tiempo.

Finnegan se martirizaba a sí mismo con las obras de Iyabaquiche, leyéndolas, releyéndolas, analizándolas, traduciéndolas. Sintió, incluso, tentaciones de utilizarlas en su provecho. Las obras no estaban firmadas y, aunque lo hubieran estado, nadie conocía al autor, así que Finnegan podría haberlas hecho pasar por suyas. Tan sólo habría necesitado cambiar algún personaje y algún ambiente, reconstruir las obras y firmarlas con su nombre. Alguna vez tuvo deseos de hacerlo, pero no pudo. A pesar de la envidia y la frustración que lo corroían, aquella solución le parecía demasiado ruin, pero además inútil. Aquel juego sucio no habría hecho suyas las obras. Tal vez sí a ojos del público, pero no a los suyos, y eso era lo más importante. Él sabía que jamás sería capaz de escribir nada comparable a las obras de aquel indígena miserable. Por otro lado, Finnegan era incapaz de dar las obras a la luz pública. No se sentía capaz de ser testigo del éxito que sin duda auguraba para las obras del indio.

Lo que finalmente hizo Finnegan con las obras de Manuel Iyabaquiche fue realmente curioso. Podía haberse limitado a mantenerlas ocultas o incluso podría haber destruido las copias que conservaba sin que nunca nadie las hubiera echado de menos. De hecho Finnegan destruyó las traducciones, demasiado accesibles para cualquiera que se aproximara a ellas, pero no fue capaz de destruir las copias de los originales. Para un irlandés victoriano, educado como cualquier británico refinado de la época, destruir la belleza o la cultura en cualquier forma que fuera, era un crimen demasiado grave para cometerlo. Tal vez Finnegan pretendía disfrutar en secreto de su deleitoso martirio. Curiosamente tampoco se limitó a mantenerlas ocultas e ignoradas. Su odio por Manuel Iyabaquiche iba más allá. Si hubiera ocultado sus obras quizá alguien podría haberlo conocido más tarde a partir de los originales, que él no sabía destruidos en la guerra, e interesarse por ellos. Tenía que realizar una maniobra que evitara cualquier éxito futuro del indio, cualquier intento de rescatar

sus obras. Ahora sabemos que no lo consiguió, pero le faltó bien poco para lograrlo.

Lo que hizo Finnegan fue publicar un libro de Manuel Iyabaquiche, con el nombre del indio como autor. Pero no fue un libro cualquiera, sino una serie de cuentecillos espantosamente escritos y absolutamente deleznables que redactó el propio Finnegan en caingang-guaraní para realizar su traducción al inglés -tal vez fue al revés y el original fue el inglés al que se añadió la traducción al exótico lenguaje que se había dedicado a estudiar-. Finnegan realizó un estudio filológico y literario de su propia obra y publicó el libro para que fuera juzgado por los expertos. En realidad, fueron pocos los que lo leyeron, pero todos, sin excepción, lo juzgaron absolutamente insulso y de pésima calidad, destacando únicamente el hecho de ser la única obra conocida escrita en aquella extraña lengua, por la que nadie se interesaba, y que su autor era un pobre indio semianalfabeto. Si Finnegan sintió remordimientos por su extraña fechoría es algo que no sabemos. Vivió tranquilamente dando clases en su universidad dublinesa, pasando casi desapercibido, sin que nadie, mientras él vivió, resucitara el espíritu del indio que, a través de sus obras, siempre había perseguido al irlandés. Murió plácidamente con setenta y dos años, su mujer y su hija lo acompañaron en su lecho hasta que expiró y ningún comentario de culpa o arrepentimiento surgió de sus labios.

Éste podría haber sido el final de la historia, con la absoluta ignorancia de sus dos protagonistas por las generaciones futuras, si no hubiera sido porque el señor O'Connel, movido por curiosidad acerca de su abuelo, resucitó, casi sin quererlo, los viejos fantasmas. O'Connel, siguiendo la tradición familiar, estudió lenguas y se acercó a los viejos trabajos de su abuelo con ánimo de rescatarlos del olvido. Resucitó aquel viejo dialecto guaraní, se enteró de que San Pancracio ya no existía y se aproximó a las notas de Finnegan. Entre ellas descubrió sus apuntes en inglés sobre las costumbres de los indios pero también las copias de los dieciséis cuadernillos de Iyabaquiche. Había leído el libro de cuentos "traducidos" por su abuelo y no sentía un especial interés por la obra del indio, aunque sí por la cultura que estudió su abuelo. Ése fue el principio del fracaso de los planes del

difunto Finnegan. O'Connel leyó, al principio con cierto recelo, los primeros cuadernillos de Iyabaquiche, los de mitología e historia. Naturalmente, su prevención se convirtió poco a poco en creciente interés. Las obras del indio no sólo eran más entretenidas de lo que pensaba, sin llegar a ser obras de arte, sino que además le permitieron profundizar en sus estudios sobre los indios y mejorar considerablemente sus conocimientos sobre el lenguaje caingang-guaraní.

Inevitablemente, al concluir aquellos primeros seis cuadernillos se lanzó a la lectura de los siguientes, sin saber cuán distintos eran de los primeros y sin un interés especial por ellos. Su sorpresa, nada más comenzar, fue mayúscula. En ellos descubrió al Iyabaquiche escritor, dominador del lenguaje y urdidor de maravillosas historias. Sin llegar a la fascinación de su abuelo, O'Connel se dio cuenta de que estaba ante algo verdaderamente extraordinario. Leyó todos los libros, los tradujo y los dio a la luz. Docenas de sociólogos y antropólogos se interesaron esta vez por la vieja cultura desaparecida mientras filólogos y críticos literarios caían como buitres sobre la obra del indio que, en poco tiempo, se convirtió en un verdadero clásico y un mito dentro de la literatura paraguaya y sudamericana.

El fracaso de Finnegan permitió, finalmente, que Manuel Iyabaquiche fuera conocido en todo el mundo y, a la vez, resucitó su propio nombre olvidado o tal vez nunca conocido, marcado por la vergüenza de su ocultamiento. No se puede tratar de justificar su acto pero, a pesar de todo, fue gracias a Percival O'Finnegan que conservamos las obras del ingenioso Manuel pues, de otro modo, los indios habrían desaparecido igualmente sin que nadie hubiera copiado aquellas obras. Además hemos de agradecerle que no las destruyera. Si expió su crimen sometiéndose al automartirio de conservar y releer las obras de su odiado e idolatrado Iyabaquiche es algo que no sabemos. Pero eso al menos hemos de reconocerle. O'Connel tampoco pretendía, probablemente, echar tierra sobre el nombre de su abuelo, pero eso poco importa ya. Ambos, indio y descubridor, descansan en paz desde hace muchos años y los nombres, ya sean glorificados o denostados, tardan poco en olvidarse

nuevamente. Aquél que no haya leído las obras de Manuel Iyabaquiche puede ahora, conociendo esta pequeña historia, trágica a su modo, acercarse a cualquiera de ellas y juzgar por sí mismo si la fascinación que ejercieron sobre Finnegan era o no justificada.

Juan Luis Monedero Rodrigo

UN DIA REDONDO
(Un día sin donuts)

** Advertimos a todo aquel que vaya a leer este escrito que cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Si usted se siente identificado con nuestro personaje, recomendamos que deje usted inmediatamente de leer pues en algunas personas inexplicablemente se han producido extraños efectos secundarios que están siendo todavía estudiados.*

Gracias.

Disfrute usted de nuestro relato, sólo intentamos anunciar nuestros productos.

Hoy como el resto de los días de mi vida, se me han pegado las sabanas. Imposible desayunar y tomar los maravillosos donuts que prometen un día redondo. Me levanto y me dirijo al metro. Como soy uno de los afortunados a los cuales mi empresa ha otorgado el honor de trabajar en verano, para mas *inri* en Agosto, me quedo sin periódico gratuito, lo cual me fastidia un poco, pero luego hasta me viene bien. ¿Cuál es el motivo de mis alegrías? El corte de 9 líneas de metro por periodo vacacional, ya que se supone que todos estamos en la playita; pero además hoy esta cortada una línea más por avería. Una chapucilla de nada originada por las obras de una importante carretera en mi ciudad. Han conseguido cerrar otra línea de metro. Así que, ¿para qué quiero el periódico?.

Además, quién echa de menos el periódico si estamos todos igual que en Benidorm como piojos en costura porque además han decidido acortar los vagones; para cuatro tontos que se quedan, pues bien los cuatro tontos más otros tropecientos más, todos metidos en un vagón con cara de tontos y con sauna gratis. ¿Para que queremos los baños turcos del Spa teniendo el metro? Lo que sí me molesta un poquillo es la axila del usuario del metro, a cuyo dueño se le ha

olvidado aseársela esa mañana, el chorizo de turno que te intenta robar la cartera y el cara dura que intenta tocar el culo a tu compañera de viaje y debido al amasijo de cuerpos termina metiéndote mano a ti.

Pero claro no todo es perfecto en un día redondo.

Hablando de días perfectos, hoy he tenido un poquillo de mala suerte y mi tren se ha parado. Qué alivio, qué suerte, no hay mal que por bien no venga. Eso me permite coger uno de los autobuses de mi ciudad. No están mal si no fuese porque te dejan un poco lejos por el asfaltado de la calle y por el desvío que han tenido que hacer de la ruta.

Se encontraron unas heces en la vía pública de un animal desconocido que todavía están siendo analizadas y por si acaso al animalito le da por hacer sus necesidades pues han tenido que cortar la avenida.

Después de 2 horas llego a mi trabajo.

Mi jefe no entiende muy bien mi tardanza, al parecer me van hacer un pequeño descuentillo en la nómina. Este hombre es que siempre ha sido muy poco ecologista, pero a mí no me importa hacer un pequeño sacrificio monetario por salvar el planeta, igual que no me molesta reciclar en la oficina el papel...

¿Pero qué veo? ¿Esa es mi mesa o el nuevo almacén de reciclado? Pero, ¿cómo puedo amontonar tanto papel? Empiezo a sospechar que mis compis colaboran un poco en el amontonamiento de documentos, los que se han ido de vacaciones, los que están en casa de baja por estrés y Pérez que siempre fue un poco cara.

Por cierto, tengo que llamar a Asuntos Generales. Al parecer hay un problema con las líneas y a mi teléfono se desvían todas las llamadas de mi planta…Después de un día agotador decido llamar a mi familia con la que no he podido ir de vacaciones. No me han coincidido los días de descanso con mi mujer y ha preferido irse a la playa con los niños.

Me hablan de su día playero, todo perfecto menos pequeñas nimiedades: picaduras de medusas, insolación del pequeño, erupción cutánea provocada por insectos del mayor, clavada en el chiringuito, en fin tonterías.

A continuación, como buen hijo, llamo a mi madre. Está un poco cansada, al parecer ha tenido que ir con el resto del pueblo a apagar un aparatoso incendio. Han tenido suerte y lo han podido controlar, no como el del año pasado que los pilló un poco desprevenidos y se les fue de las manos.

Me he enfadado con ella porque esta vez sí que se les ha ido un poco la mano con el gasto del agua. Con la sequía que hay, ¡por favor!, si es que siempre fue un poco irresponsable.

Cuando me calmo, termino los últimos retoques del informe de mañana. Yo lo hubiese terminado en la oficina pero el borde del vigilante me dijo que era su última ronda y que tenía que conectar la alarma. Total para media horita más que me iba a quedar, así me podía pasar por el Super a última hora y evitarme la supercola que se forma, pero en fin siempre los hubo muy desconsiderados.

Termino el informe, me como mi paella congelada, por cierto mañana me tengo que sacar las lentejas del congelador. Mejor en un intermedio que empieza la peli...

Vaya, parece que es esa que grabé en el VHS hace 5 años y que cada año repiten por si alguien se olvidó de grabarla. Es tan buena, lástima que me he quedado un poco transpuesto. Mejor me saco las lentejas y me voy a la cama que mañana será otro día. Buenas noches.

Alicia

LOS ROSACRUCES EN CHANCLAS

Quiero dedicar este artículo, fruto de largas investigaciones y no menos extensas noches de insomnio, tanto de origen laboral como fruto de intensas y enervantes preocupaciones, a todos aquellos incrédulos y desinformados papanatas que aún se atreven a afirmar que los rosacruces no existen. Todavía hay quienes opinan que realmente la honorable fraternidad no existe, que es sólo una broma de estudiantes urdida por el tal Juan Valentín Andreae y otros cuantos y plasmada en su Fama y las Confesio, o en Las bodas químicas, tal como argumentan el tal Campanella y otros de su calaña, que afirman que Christian Rosencreutz no existe, ignorando las claras

y comprobables conexiones de los Rosa-Cruces con los templarios, con la Orden del Toisón, la de la Jarretera y el mismísimo Grial, obviando que los tumultos del siglo XVII en torno de su búsqueda no pueden partir de una falacia, que cientos o miles de hombres célebres estuvieron ligados a ellos. Ignorando las pruebas y comentarios de Fludd, de Bacon (por más que negara las implicaciones de su Nueva Atlántida), de Kiesewetter y tantos otros. ¡Ah, la Gran Fraternidad Blanca existe y goza de buena salud! Bien ciegos están los que niegan su existencia tan sólo porque el secreto y las sombras los ocultan (tal y como ellos desean, por otra parte).

Pues a todos estos ignorantes y palurdos les diré que yo he descubierto el lugar donde se asienta la Fraternidad Blanca en nuestros días. Ningún rosacruz reconocerá en público que lo es, eso es parte de sus estatutos y la causa de su misterio, pero yo puedo afirmar que he hallado más cerca de lo que nadie puede suponer y más públicos de lo que nadie sospechaba, a los maestres de esta orden ancestral que sigue rigiendo los destinos del mundo desde las sombras.

La sede central de sus operaciones se encuentra, tal y como yo he descubierto tras años de complejas investigaciones, en el sur de la isla de Tenerife. Estos masones son muy listos y siempre juegan al despiste, pero sus artimañas no son capaces de superar mi incomparable inteligencia.

En el pasado ya se especuló mucho sobre su localización. Que si vinieron de Palestina, que si estuvieron en Alemania y luego en Francia, que si se fueron a la India… Despiste y nada más que despiste. Igual que en nuestro tiempo. Pero sólo yo he sido capaz de desenmascararlos. Y eso que sus artes han estado a la altura de su fama. Debían pasar desapercibidos y mantener sus identidades en el más completo misterio, tanto maestres de la orden como miembros numerarios se esfuerzan en conservar el secreto pero, a la vez, están obligados a relacionarse y reunirse. ¿Cómo escapar, pues, a la vigilancia de tantos curiosos? Fácil, si se poseen los medios y la inteligencia suficientes.

A nuestros esquivos rosacruces se les ocurrió, mediado el siglo pasado, la idea de lanzar a hordas de inconscientes a ocupar con

su estulticia las playas de los países meridionales, como mera avanzadilla y cortina de humo para sus acciones. Luego, cuando el turismo parecía algo natural y deseable, fueron ellos los que se introdujeron como otros tantos turistas en el lugar decidido para seguir con sus actividades, pasando por domingueros y borrachines, zafios y obtusos, tan sólo para poder realizar sus reuniones sin levantar sospechas. Yo seguía desde hace años estos movimientos, convencido de que su centro se ubicaba en nuestro país, pero sin saber de cierto cuál era su lugar de operaciones, su base y casa rectora. Primero sospeché de Benidorm, luego de Mallorca, de Ibiza, y hasta de Lloret de Mar y Marbella. Pero, finalmente, mis esfuerzos obtuvieron su recompensa en la forma del gran hallazgo: la Hermandad se asienta en el sur de Tenerife, en la multitudinaria playa de Los Cristianos. Allí, mezclados con los turistas auténticos, ejecutan sus reuniones los verdaderos rosacruces, los que gobiernan el mundo desde las sombras mientras toman el sol en las Islas Canarias.

No fue sencillo descubrirlos. Pero ahora conozco su indumentaria: camisa de flores, bermudas holgados y chanclas planas de las que se sujetan entre el dedo gordo y el índice del pie. Completan sus señas de identidad con gafas oscuras, gorra de visera y una enorme jarra de cerveza en su mano por la cual se reconocen a través de ciertos gestos cabalísticos que ejecutan mientras apuran su contenido. Conozco incluso uno de sus lugares de reunión, el chiringuito Casa Chencho, especialidad en paellas, donde ocupan varios reservados en que sus congresos pasan desapercibidos. Incluso contacté con uno de sus maestres quien, haciéndose el borracho e indicando claramente que él no era rosacruz –signo inequívoco de disimulo- me mostró varios de sus arcanos secretos. No quiero comprometer su seguridad entre los suyos pero, para demostrar la verdad de lo que afirmo, les diré que era un alemán –en la Hermandad hay miembros de todas las nacionalidades, con predominio de ingleses y alemanes, que pasan desapercibidos entre tanto guiri- de nombre Gustav Kantimpalen, de señalada ascendencia masona.

¡Ah, qué no tramarán estos rosacruces en sus misteriosas reuniones mientras fingen apurar cervezas y tomar pescadito frito!

Dejo en manos de gente más valerosa que yo el proseguir mis investigaciones y descubrir los secretos más ocultos.

¡Me sorprendo a mí mismo por mi inabarcable perspicacia! Y esto no es nada, verán cuando termine mi estudio del manuscrito Voynich. Algunos lo toman por burla hecha al emperador Rodolfo, por libro falsario, del que incluso se dice que carece de contenido y se realizó con una plantilla de signos inventados. ¡Ay, ¡lusos! Yo he descubierto que no es así y, aun cuando todavía no tengo claro si es un recetario medieval de embutidos o una copia en clave de los estatutos rosacrucianos, no cejaré en mi empeño hasta que vea la luz la verdad. He dicho.

Gazpachito Grogrenko

(Gran Maestre de las Luminarias de La Oscuridad Oculta y Renegrida y de otras sesenta y siete cofradías misteriosas)

LA POSIBLE CURACIÓN

Fue bastante comentado que Ramírez-Ugarte recordase en su entrevista televisiva a tantas personas a las que agradeció su colaboración. Si era así de modesto o se trataba de mera impostura quedaba a la interpretación de cada cual. Tratándose de un gran empresario que se apuntaba el éxito del siglo cabía pensar que había más de lo segundo que de lo primero. Pero don Salvador era perro viejo, con muchas tablas, y no resultaba raro que se comportase de aquel modo en público.

Los que lo habían conocido en privado sabían que su carácter era mucho menos afable del que se mostraba ante las cámaras o en las reuniones de sociedad. Todos lo temían, por supuesto, y la mayoría lo respetaba. Uno no llega a la cumbre profesional si no es un auténtico zorro en los negocios y un mulo en el trabajo.

Llamó la atención, eso sí, que, cuando mostró su agradecimiento hacia el equipo técnico, tan numeroso, que había logrado la milagrosa cura, se refiriera a todos en general, por no favorecer a ninguno, y, sin embargo, nombrara expresamente a un tal Julio Orbea, un técnico más que, al parecer, había muerto en un trágico accidente varios meses atrás sin poder disfrutar del éxito que

ahora se había cosechado. Aquella mención, en la que no se olvidó de la pobre viuda, también fallecida, quizá de pena, en fechas recientes, hacía que la imagen del hombre tras el personaje se agrandara a ojos vista. Aunque, en verdad, poco podía crecer ya el aprecio del público por aquel gran hombre, el filántropo más famoso de su tiempo.

Pocos sabían –quizá sólo algunos de sus más allegados- que Ramírez-Ugarte también había acudido, en persona, al sepelio de Orbea, nueve meses atrás, y que, igualmente, se había tomado la molestia de acudir al funeral de la esposa. Y, sin embargo, si le hubieran preguntado a Ana Rey, cuyo cuerpo inerte reposaba por aquel entonces a pocos metros del de su marido, ella no habría compartido la opinión general acerca del presidente de Medsurin, siglas de *Medical & Surgical Investigation*, la mayor multinacional farmacéutica del momento. De hecho, la viuda de Orbea habría tenido mucho que reclamarle.

Todo empezó, o más bien comenzó a dirigirse hacia su final, unos diez meses atrás, casi el tiempo de un embarazo, cargado de complicaciones eso sí, y que para algunos terminó de muy mala manera. No para el triunfador Ramírez-Ugarte que, tras ese periodo, se convirtió en uno de los personajes más admirados del mundo.

Por aquellas lejanas fechas, el matrimonio formado por Julio Orbea y Ana Rey se consideraba razonablemente feliz. Pareja joven, casados un par de años atrás, afrontaban un futuro cargado de esperanzas. Él, como técnico investigador en la planta española de una gran compañía farmacéutica. Ella, como traductora simultánea de inglés-español en diversos congresos internacionales. Ambos con unos buenos emolumentos y la promesa de un futuro brillante y aún mejor remunerado. Ambos con la esperanza de una mayor felicidad futura, con más estabilidad económica y la posibilidad de incrementar el número de miembros de la familia. Las únicas sombras presentes eran, al parecer, una atemorizante hipoteca pendiendo sobre sus cabezas y, sobre todo, el escaso tiempo de que disponían para ellos, absorbidos y tiranizados por empleos –o más bien empleadores- quizá demasiado exigentes. Eran una pareja normal de jóvenes de clase media. Hasta que sucedió lo imprevisto y su mundo cambió para siempre, para quedar por completo destruido.

Ana no fue consciente de ello hasta que los acontecimientos se precipitaron y era demasiado tarde para reaccionar y evitar el trágico final. Sólo comprendió las circunstancias verdaderas de lo que, en principio, consideró un desafortunado accidente cuando la desgracia se aproximaba nuevamente a ella. Pero será mejor relatar sistemáticamente, aunque del modo más conciso posible, el devenir de los acontecimientos que llevaron al señor Ramírez-Ugarte a su discurso de agradecimiento tras la muerte de la desgraciada pareja.

Aquella mañana parecía que comenzaba un día normal. Ana sabía que Julio pretendía hablar con su superior inmediato. Su marido no había sido muy explícito, pero estaba preocupado e irritado por el asunto que se traía entre manos.

-No voy a consentir que se lo guarden ni un solo día más.

Tales habían sido las crípticas palabras de su marido al despedirse aquella mañana. Ana sospechaba que tenía algo que ver con el desarrollo de un medicamento antiviral que la empresa había sintetizado. En eso llevaba Julio trabajando casi tres años, desde antes de la boda. Tenía puestas muchas esperanzas en él y le indignaba comprobar que las pruebas, con una u otra excusa, se iban atrasando, como si pretendieran retrasar su lanzamiento, tal vez a la espera de mayores réditos económicos o algún macrocontrato para suministrarlo a precio de oro a la sanidad pública. A Ana, tanto como a su marido, le sorprendía que en aquel mundo predominase la especulación comercial sobre el interés público. Y también le había sorprendido la vehemencia de su marido cuando le anunció su entrevista con Muñoz.

No supo nada más del asunto ni de la entrevista. Y, lo que es mucho más grave, tampoco de su marido. Ella se quedó en casa traduciendo un artículo científico. La formación de su marido le permitía sacarse unos cuartos con tales traducciones mientras no había simposios o congresos a los que acudir. Su mañana fue plácida y productiva. Pero la tarde pasó de meramente intranquila a preocupante. Su marido siempre salía del trabajo a las cinco de la tarde. Luego, como un reloj, llegaba a casa a eso de las cinco y media. Ana descontó la posibilidad de que le hubiera costado más de la cuenta llegar, por el tráfico o por un inesperado problema de aparcamiento. Descontó luego la posibilidad de que se hubiera entretenido por alguna

razón desconocida, quizá porque la entrevista hubiera sido tras la jornada laboral y aquella conversación se hubiera prolongado. Pero no le cuadraba que su Julio no la hubiera llamado para avisarle de su retraso. Así, para cuando empezaba a anochecer, Ana estaba realmente nerviosa. Contra su costumbre, llamó al laboratorio. Jorge, el chico en prácticas que parecía hacer guardias permanentes en el laboratorio, le indicó que Julio se había marchado antes que nunca, a las tres de la tarde. A la pregunta de si sabía dónde, la respuesta fue concluyente:

-¡A hablar con el jefazo! –exclamó Jorge con admiración.

Nada nuevo. Ana le pidió al muchacho el teléfono de la oficina de Muñoz. Allí le informaron de que ya no estaba, pero le dieron dos teléfonos: el de su móvil y el de las oficinas centrales de Medsurin España. Ana probó con ambos. En los dos respondieron. Pero el resultado fue aún más descorazonador. El tal Muñoz se mostró hosco al principio. Por lo visto, Julio había estado muy grosero. Se habían despedido a la media hora de la cita en medio de una discusión. Muñoz, según dijo, consintió en llevarlo a las oficinas centrales para que hablase directamente con el Presidente, "ya que en tan poco valoraba el trabajo desarrollado y su propio empleo", en sus propias palabras. Cuando Ana llamó a la Central, una secretaria la informó de que, efectivamente, su marido había estado allí. Que el señor Hans Bergkman, Vicepresidente de Medsurin España, lo había recibido en su despacho y que, tras diez minutos, había salido corriendo y no le habían vuelto a ver.

-Estaba bastante irritado –dijo en tono preocupado la buena mujer.

Y allí terminaban las pistas. ¿Dónde podría estar su marido? No se le ocurría otra cosa más que esperar y morderse las uñas hasta destrozárselas, costumbre tan arraigada en ella como inútil resultaba para serenarse.

Para cuando fue noche cerrada, la hora de la cena, Ana ya había llamado a todos sus amigos y familiares, a todos los conocidos que pudieran darle la mínima información sobre el paradero de su marido. Un pálpito, más allá de la razón, le indicaba que algo grave había provocado la desaparición.

De madrugada llamó a la policía. Le dijeron que nada podía hacerse. Que debía esperar más tiempo hasta que se lo considerase desaparecido. Ana deseó que su marido, irritado por las entrevistas, hubiera dejado de ser abstemio convencido y anduviera por algún bar borracho y feliz. Que a la vuelta, tras la resaca, recordasen aquel día con un punto de humor acompañando las protestas de Ana. Pero sabía que no era así. Y su intuición se confirmó bien pronto cuando, a eso de las seis de la mañana, tras una terrible noche en vela, el teléfono sonó y alguien, que no se identificó, le informó de que su marido había ingresado cadáver en el sanatorio local. A la señora de Orbea se le cayó primero el teléfono y luego todo el cuerpo que, portando una cabeza inconsciente, chocó contra el suelo tras el desmayo.

Al despertar, se obligó a reaccionar. Contactó con el hospital. Con sus padres y suegros, con el hermano de Julio. Y fue corriendo –en realidad en taxi, aunque hubiera deseado hacerlo volando o por teletransporte- al hospital. Tontamente, preguntó por la habitación, pero no había tal. El cadáver estaba en el tanatorio. Preguntó qué había pasado. Un accidente de tráfico. ¿Autopsia? Bueno, sí, le habían tomado unas muestras. Pero debía contactar con la funeraria y llevarse los restos después de identificarlo, si es que le resultaba posible: había quedado mutilado y horriblemente quemado tras el golpe y la explosión consecuente. Ana fue incapaz de llorar. Se dejó llevar y reconoció, pese a todo, que aquel trozo de carne inerte y hedionda se correspondía con Julio. Se sentó con los ojos en blanco y la mirada perdida. Menos mal que Sancho, el hermano de Julio, llegó de inmediato y se hizo cargo de todo. Cuando su suegra, casi tan destrozada como ella misma, fue capaz de sacarla de aquella sala de muerte, el cadáver había sido trasladado hacía un buen rato. Ana se sentía tan muerta como el accidentado, incapaz de hablar o reaccionar de ningún modo.

Pero, al cabo, la vida sigue. Y para Ana lo hizo de un modo extraño y peculiar, presa de una obsesión que cambió, finalmente, su maltrecha existencia por la muerte verdadera. El caso es que, si no hubiera sido por unos detalles del siniestro y por una nota manuscrita de Julio, encontrada en casa entre sus papeles, Ana habría dado por buenas las explicaciones del accidente y hasta podría haberse

repuesto de tan terrible golpe. Pero, de un accidente que parecía tan claro a los expertos, nada podía considerarse cierto. Y no es que Ana hubiera enloquecido o hubiera sido arrastrada por la paranoia. Alguna vez lo pensó, y ojalá hubiera sido cierto. Pero no. Los enemigos de Ana, como los de Julio, no habitaban dentro de su cerebro. Salvo que se consideren la curiosidad y el deseo de justicia rasgos de inadaptación.

A la parálisis la siguió la hiperactividad. Como si realizar mil cosas le permitiera pensar menos en la desgracia. Lo cual no sucedía, pues sus pasos acelerados la conducían a seguir las huellas de su marido muerto.

En primer lugar quiso hablar con los que lo habían visto por última vez. No sacó nada nuevo de ellos: ni las secretarias ni el propio Muñoz soltaron prenda alguna. Sólo un guardia de seguridad, al que preguntó, más por rutina que por esperar alguna información, le dio datos interesantes: él estaba vigilando las oficinas centrales cuando su marido, al que reconoció por la foto que Ana le mostró, entró corriendo, enfadadísimo. Salió de allí más tranquilo y, he ahí la sorpresa, en compañía del mismísimo señor Bergkman. Como nadie le había dicho que aquel detalle fuera importante o secreto, el buen hombre lo contó como lo más natural del mundo. Por desgracia, no sabía a dónde se dirigían. Ana sí lo imaginó: irían a ver al mismísimo Presidente, el señor Ramírez-Ugarte, responsable principal, de hecho, no sólo de la filial española sino de toda la corporación. Bergkman había reconocido que le proporcionó a su marido la tal dirección. Aunque resultaba extraño y sospechoso que hubiera ocultado el detalle de que él mismo lo había acompañado hasta allí. Ana, claro está, se presentó en la finca privada del señor Ramírez-Ugarte tras concertar una cita a través de su secretaria personal.

-Siento mucho lo que le sucedió a su marido y, en cierto modo, me siento responsable de lo sucedido.

Fue lo primero que don Salvador Ramírez-Ugarte le dijo a la triste viuda, y no parecía que la pena en su voz fuera fingida. Por lo visto, su marido tenía quejas acerca de ciertos aspectos de la política empresarial en relación con su departamento y la investigación que se realizaba. Don Salvador dijo comprender su punto de vista pero, lamentablemente, como gestor de la empresa debía tener mayor

amplitud de miras y no podía permitirse dar ningún paso en falso. Por eso, pese a la simpatía que le suscitó la vehemencia del fallecido, no pudo concederle lo que tanto deseaba. Julio se fue enfadado, diciendo cosas poco agradables que el comprensivo Ramírez-Ugarte dijo no haber tomado en cuenta, y ya no supo más de él hasta que su secretaria le indicó la noticia del fallecimiento y el correspondiente sepelio al que, aunque Ana no lo supo, había acudido en vez de mandar un representante de la empresa.

-Comprenda a Hans –le dijo antes de que ella hiciera ningún comentario al respecto-, no quiso hablarle de nuestra entrevista, temeroso, absurdamente, de que alguien pudiera relacionar, aunque fuera indirectamente, mi nombre con el desgraciado accidente de su marido.

A Ana le satisfizo la explicación de don Salvador. Y el propio personaje debería haberle agradado, pero, por alguna razón que no podía explicar, el señor Ramírez-Ugarte le había parecido estomagante, tal vez por la hipocresía intuida tras aquella perfecta máscara de bonhomía.

Nada más podía hacer. El accidente no fue investigado. Nadie sospecharía otra cosa que no fueran la combinación de un fallo humano –volantazo al tomar una curva a gran velocidad- y un fallo mecánico –reventón resultante del primer error- que lo llevó a salirse de la carretera y precipitarse por un terraplén, treinta metros abajo, tras varias vueltas de campana y terminando con la explosión que todo lo calcinó. Sólo un detalle empañaba la claridad del accidente: uno de los hombres de la funeraria que se llevó los restos de Julio comentó, como de pasada, que aquel pobre tipo debía de haber estado lleno de alcohol o drogas. El cuerpo estaba caliente, abotargado, y hedía más allá de lo que podía esperarse del propio accidente o de la correspondiente descomposición. Esto fue dicho en presencia de Sancho que, extrañado, se lo comentó a Ana. Y ella sabía que su marido nunca, ni en los peores momentos, bebía, y mucho menos habría ingerido drogas o siquiera medicamentos, por más ofuscado que estuviera. Además de que el trabajo nunca lo alteraría hasta tal punto. ¿O sí?, se preguntaba Ana, más bien confusa.

La cuestión se empezó a aclarar tras resolver una nueva complicación. Cuando Ana repasó los papeles de su marido, en una morbosa recopilación de recuerdos que se enmascaraba en necesidad de ordenar todos los asuntos del fallecido, se encontró con una carta manuscrita de su marido. Algo sorprendente e inquietante se escondía tras todo aquel caso.

La carta sugería un complot de la empresa para ocultar un gran descubrimiento. Pero no era más explícita. Sólo remitía a una caja de seguridad en un banco. De hecho, la carta no iba dirigida a ella en concreto, pero Ana pensó que su marido sabía del riesgo que afrontaba con aquel asunto.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que el ordenador portátil de Julio había desaparecido. ¿Estaba en el laboratorio? Él nunca se lo llevaba. ¿En el coche accidentado? Quizá, pero Ana empezó a sospechar que alguien se había colado en casa, sin que ella lo notase, y se había llevado varias cosas. Eso explicaba el desorden en algunos cajones y en los CDs y diskettes de Julio. Su marido era despistado y desordenado pero, al parecer, esta vez no era el responsable de que las cosas no estuvieran en su sitio. Con cierta sensación de paranoia, y temiendo que aquella locura sólo estuviera en su mente, Ana fue a ver al abogado. La cuestión de la herencia de su marido no resultaba demasiado complicada. Tras la muerte, había tenido el buen tino de sacar el dinero de la cuenta común y domiciliar su nómina en la propia. Ahora le habló al abogado de la supuesta caja y él le indicó que, muerto Julio, era de su propiedad y tenía derecho a verla.

Ana no quiso esperar. Acudió a la oficina donde estaba, supuestamente, depositada y, tras identificarse y mostrar la partida de defunción de Julio, solicitó retirar el contenido de la caja. Las instalaciones no daban demasiada sensación de seguridad, y menos aún las facilidades para acceder a las cajas, pero el sistema debía de funcionar y Ana se alegró de que no le pusieran ninguna pega para ver el contenido del misterioso depósito de su marido.

Le dejaron abrir la caja en una salita privada, con mesa , silla y una luz, pero ella tenía la sensación de que miles de ojos la observaban desde todas partes. El corazón le latía a mil por hora y las manos le temblaban mientras abría con la llave que le habían

entregado. El interior fue más bien decepcionante: sólo un CD y una nota manuscrita. La nota, breve y tajante, decía: "Ana, si lees esto es porque yo no estoy. Oblígalos a hacer públicos sus datos. Castígalos por mí". Los datos debían de estar en el CD, así que Ana se guardó todo en el bolso y, muerta de miedo, salió del banco a la calle y se encaminó hacia casa, temerosa de que la estuvieran siguiendo, como si aquello fuera un típico complot de película de espías. Tal era la sensación. No en vano su pobre Julio había muerto por culpa de quien ocultaba esos datos y el crimen se había hecho pasar por accidente. Mil imágenes cruzaban por su mente pero, entre todas, destacaba la del señor Ramírez-Ugarte sonriéndole durante su única entrevista.

Las imágenes del CD fueron bien distintas. Se trataba de moléculas, de complejas fórmulas orgánicas que a Ana le parecían escritas en un idioma tan extraño para ella como el cantonés. Por fortuna, además de los datos técnicos incluidos en el archivo de las fórmulas, había un pequeño documento de texto que indicaba a las claras de qué trataba todo aquello. Julio había dejado escrito aquello para una analfabeta en química como era su esposa. Venía a indicar que los resultados del nuevo fármaco experimental ID-212, el compuesto en cuya elaboración había trabajado su marido, habían sido mucho mejores de los que esperaban. El medicamento no sólo era un antiviral eficaz sino que eliminaba por completo y en pocas sesiones cualquier resto del virus sensible al tratamiento. Ello, de por sí, convertía al ID-212 en un gran hallazgo, pero lo mejor era el tipo de virus contra el que resultaba eficaz. Aunque ID significaba tan sólo Identificador 212, en este caso las siglas resultaban de lo más apropiadas, porque el antiviral se había mostrado eficaz contra un tipo de virus inesperado, el terrible VIH o Virus de la Inmunodeficencia Humana, es decir, el virus del SIDA, con que ID-212 se había convertido en el primer antiviral contra la inmunodeficiencia capaz de eliminar por completo el virus del SIDA y no sólo de aletargarlo. Mientras otros buscaban desesperadamente una vacuna, medicamentos paliativos o, simplemente, un abaratamiento de los tratamientos, ellos, en su laboratorio y apenas sin pretenderlo, habían descubierto la cura del SIDA.

Julio, a través de sus notas, se mostraba particularmente orgulloso de su aportación, pues sospechaba, y no sin razón, que la mínima modificación química que él sugirió para ID-209 era la que había transformado una molécula prometedora en un milagro.

En realidad el milagro existía desde hacía un tiempo porque, por más que las pruebas se intentaron hacer rápido desde el principio, la molécula existía desde hacía ya dos años y sólo dos meses antes de la muerte de Julio se había iniciado la fase tres del estudio, en que se proporcionaba a pacientes reales en contraste con un placebo. Ahí se había manifestado su prodigioso efecto, cuando dos enfermos de SIDA que participaban en el estudio y a los que les fue suministrado ID-212, al que ya se empezaba a conocer como Fagovir, curaron por completo de su afección, desapareciendo totalmente de su organismo cualquier resto del malhadado virus. Y ahí comenzaron los problemas con la empresa y la cruzada personal de Julio Orbea.

En principio, a Julio le dijeron que todavía no podía comercializarse el medicamento ni hacerse pública su existencia, porque no estaba ultimada la investigación ni concluidas las pruebas y el anuncio significaría crear expectativas que podían truncarse y crear malestar en la sociedad y serios problemas a la empresa. Julio, en principio, aceptó las razones, aguardando con impaciencia que los ensayos concluyeran. Pero, aun antes de que las pruebas terminaran, apareció en prensa la noticia de un milagro: un joven famosillo televisivo, enfermo de SIDA, había curado por completo de su mal. Si uno cree en los milagros, aquello podía aceptarse sin más. Pero Julio sabía que el joven no era un cualquiera sino un sobrino del presidente de su empresa, Ramírez-Ugarte. Y Julio supo que, dado su lamentable estado, se había permitido suministrarle el tratamiento experimental al margen de los cauces propios de la investigación. Claro, el enfermo curó y la causa no se hizo pública. Y aquí Julio Orbea empezó a protestar. Fue entonces cuando se le indicó taxativamente que se callase y que respetase, como era su obligación, la política de la empresa. Ni Julio calló ni la política de la empresa fue explicada, aunque el técnico podía suponer claramente en qué consistía: mientras el cóctel de medicamentos de control funcionara y diera pingües beneficios a la compañía, no interesaba comercializar una cura que

acabaría con la gallina de los huevos de oro. Es mucho más rentable comercializar tratamientos paliativos para una enfermedad crónica que suministrar una cura, por elevado que pueda ser su precio de venta, y quedarse sin clientes para el futuro. Julio era bien consciente de estar trabajando para un monstruo cuyo fin último y único era el mero beneficio económico. Sólo un ingenuo o un idiota pensaría que el móvil de las gigantescas compañías farmacéuticas, situadas entre las más poderosas empresas del mundo, podía ser la salud pública y el bienestar social. No, el dinero es el que manda. ¿Por qué, si no, invertir más en ciertas enfermedades marginales que en otras, como la malaria, que atacan a millones de personas en el mundo cada año? Tal vez porque cuenta más el cliente que el paciente, y se prefieren pocos pacientes ricos del primer mundo antes que millones de pobretones del tercero. Julio no era un inocente, pero tenía sus principios, que iban más allá de mantener su empleo y su sueldo. Así que, aun a riesgo de perder su puesto de trabajo, lanzó el órdago a la empresa: o publicaban sus resultados y comercializaban rápidamente el Fagovir o él se encargaría de publicitar tamaño descubrimiento y el oscuro complot para ocultarlo y ganar dinero a costa de los sufridos enfermos.

Fue entonces cuando se produjo el fatal desenlace. Las llamadas, las entrevistas. La llegada del último día que concluyó con el terrible "accidente". Su marido murió y todo se ocultó. Hasta ella estuvo engañada por un tiempo. Pero ahora, más por venganza que por filantropía, Ana estaba dispuesta a contarle al mundo todo lo sucedido. Tenía pruebas suficientes para ello y la determinación de destruir a todos los que habían destrozado su vida eliminando la de su pobre marido.

Era curioso que, justo por esas fechas, se hubiera extendido, como una leyenda urbana, el rumor de que alguien había descubierto la cura del SIDA y la ocultaba, con fines que unos decían militares y otros económicos, pero siempre conspirativos. Leyendas de éstas las hay siempre, como las que hablan de maquinaciones políticas, de persecuciones o del hallazgo de milagrosas fuentes de energía ocultas por las compañías energéticas deseosas de apurar la riqueza del petróleo. A Ana, sin embargo, le pareció que, tal vez, tras aquello se

escondía alguna tímida voz que, no dispuesta a arriesgarse como su marido, había intentado confesar lo que sabía sobre el apaño de las farmacéuticas. Más preocupante, por concreta, era la certeza de que los cócteles paliativos que se usaban contra el SIDA estaban perdiendo efectividad, tal y como constataban varios estudios independientes. En todo caso, la filóloga pensó que era un buen momento para soltar el bombazo. Nada mejor que hacerlo en la prensa. Unos amigos periodistas la pusieron en contacto con el segundo diario del país. El director en persona fue quien contactó con ella y le pidió las pruebas, en forma de una copia del CD y varios ejemplares fotocopiados de las noticias referentes a las pruebas clínicas y la curación de Borja Peris, el sobrinísimo del "milagro".

-Esto es un cañón –le dijo entusiasmado y ofendido el señor Cantalapiedra en una conversación telefónica.

Y Ana fue citada en la redacción para ser entrevistada y añadir su testimonio a las ingentes pruebas. Iba a ser un testigo secreto, seguro bajo el paraguas que suponía la poderosa mano de la prensa. Incluso se habló de contactos con el Ministerio del Interior y la posibilidad de convertirla en testigo protegido de cara a un inminente juicio tras destaparse el escándalo.

La entrevista se celebró en secreto. Las preguntas las hizo el propio Cantalapiedra y anunció que la noticia sería portada en el periódico de la mañana. Entretanto, Ana podía permanecer alojada en la residencia privada de uno de los redactores de confianza del director, un tal Leal, apellido que, a la postre, no fue del todo coherente, al menos para la supuesta testigo protegida. Ana aceptó, un tanto amedrentada por una situación que se le antojaba peligrosa y que ya se le había ido de las manos.

Pero entre los poderosos suele haber más alianzas y connivencias, quizá más implícitas que explícitas, de las que se suelen imaginar, y poco podía sospechar la pobre Ana Rey que su artículo no iba a aparecer en prensa tal y como le habían anunciado sino que iba a pasar a formar parte de un dossier en la mesa de Ramírez-Ugarte.

-Es una lástima –cuentan que comentó don Salvador tras leer el informe y dar las órdenes pertinentes.

Él no tenía nada personal contra Ana, como tampoco lo había tenido contra su marido. Incluso sentía simpatía por aquella mujer y una vaga pena por su destino. Pero no se trataba de una cuestión de afectos. Era dinero, negocios, poder lo que se encontraba en juego. Y Ramírez-Ugarte no se podía permitir la duda o la debilidad. Tampoco podía permitírselas Cantalapiedra. Él y su periódico recibieron, sin duda, su premio, su pago por la traición. Poco importa de qué especie fuera.

Ana fue recogida en el piso de Leal por empleados de Medsurin. Ni siquiera se resistió. Con la excusa de sus nervios exacerbados, había sido adecuadamente sedada y se encontraba inconsciente. Le suministraron por vía oral una buena cantidad de somníferos y la dejaron en la cama de su habitación, en su propio domicilio. A su lado, un tubo vacío de barbitúricos, con sus propias huellas, como los que le habían suministrado, una dosis mortal de necesidad.

Fue indoloro. Ana ni se enteró de lo sucedido. Murió plácidamente sobre la cama en la que había dormido tantas noches con Julio. Tal vez esa noche se reunió con él. Sólo dos días después se halló su cadáver. No se presentó a su cita como traductora en una reunión internacional, no respondía a las llamadas de sus familiares y amigos, y las sospechas iniciales se confirmaron al entrar en la casa: Ana se había suicidado con somníferos. El diagnóstico de sus allegados coincidió con el de la autopsia: la pobre mujer no había superado la pérdida de su marido y había decidido acabar con su vida.

Nada se supo de los enredos de Medsurin ni de los crímenes de sus responsables. Nadie se preocupó por la muerte del matrimonio Orbea ni por la de las miles de víctimas anónimas que fallecieron sin recibir el milagroso tratamiento. Nadie fuera de la empresa supo que existía el Fagovir, más en secreto aún permanecieron sus maravillosas propiedades. Medsurin prosiguió con sus ventas de paliativos, tratando a enfermos crónicos que podían permitirse el costoso tratamiento –ellos o la Seguridad Social de sus respectivos países- y haciéndose de oro a su costa.

Pero las cosas cambiaron. Fue cuando Healthsurance, una de las empresas rivales de Medsurin, desarrolló el Inmunostat, un nuevo

antirretroviral más eficaz que los manejados hasta entonces por todos sus competidores, incluida Medsurin. La cuota de mercado se reducía para la empresa de Ramírez-Ugarte y los beneficios de Healthsurance se disparaban. Era el momento de dar el golpe de gracia al asunto, aunque ello supusiera sacrificar la gallina de los huevos de oro.

El propio Ramírez-Ugarte presentó públicamente, en rueda de prensa, los resultados del estudio en pacientes con SIDA tratados con Fagovir, comentó el modo casi casual en que se habían descubierto sus propiedades terapéuticas y curativas y anuncio que estaba en marcha –recién iniciado, de hecho- un estudio más amplio que, si funcionaba, demostraría que Fagovir era capaz de curar el SIDA sin dejar secuelas y con resultados rápidos y contundentes. Aquello volvió a situar a Medsurin en la cresta de la ola y convirtió a don Salvador Ramírez-Ugarte en el hombre del año. Pero había algo mejor, las acciones de otras empresas farmacéuticas se desplomaron mientras las de Medsurin subían como la espuma. Cuando los resultados se confirmaron, se aceleró la comercialización de Fagovir. Tal era la expectación por el medicamento milagroso que las agencias de control agilizaron los trámites y hasta estuvieron dispuestas a consentir que algunas pruebas se fueran haciendo mientras se desarrollaba la producción.

El precio de Fagovir, comercializado como Aidstop, alcanzó valores elevadísimos y el medicamento desbancó a cualquier otro producto empleado hasta el momento. Otras empresas tuvieron grandes pérdidas mientras Medsurin llenaba de dinero sus arcas. Un dinero que le sirvió para iniciar el desarrollo de otros productos, absorber a algunas empresas estratégicas del sector y labrarse una magnífica imagen mundial. Imagen que se tornó beatífica y respetada por doquier cuando el señor Ramírez-Ugarte, en la cumbre de su popularidad, anunció que, si bien su empresa seguiría vendiendo Aidstop en los países desarrollados a precio elevado para compensar los altos costes de su desarrollo, estaba dispuesta a comercializarlo en forma genérica y a precio de coste en el Tercer Mundo, donde la plaga del SIDA era más terrible y los medios más escasos. Fue entonces cuando todos adoraron al filántropo. Recibió el premio Príncipe de Asturias de la Concordia, galardones de la UNESCO y

UNICEF, que lo convirtió en embajador de buena voluntad, y varios premios menores de organizaciones laicas y religiosas, órdenes de mérito de numerosos países, ricos y pobres, y el máximo agradecimiento y respeto mundial como el filántropo más grande de su tiempo. Para el momento de la entrevista en que se ha iniciado el relato, ya se le considera el máximo candidato al Premio Nobel de la Paz, igual que el laboratorio en pleno puede recibir el de Medicina y Fisiología. Tal vez por eso la dedicatoria a los Orbea, que se perdieron el momento de gloria, que sacrificaron sus vidas en el altar de Medsurin, aunque esto sólo lo sepan aquéllos que están en el secreto del Fagovir. No deja de ser curiosa la ironía. A nadie le sorprende comprobar que la vida es menos importante que los intereses de una multinacional y sus gestores. Pero no deja de tener su punto de humor negro que un tiburón, un ególatra asesino, se haya convertido en el santón de nuestro tiempo, adorado benefactor de la humanidad. Tal vez alguno piense que esto es un signo del progreso de los tiempos. Julio y Ana ya no podrán manifestar su opinión al respecto. Al menos su buen nombre ha sido reivindicado, aunque sea por boca de su glorioso asesino.

Juan Luis Monedero Rodrigo

Tú me preguntas y yo te afirmo que no soy un conspirador. Entonces sospechas más de mí, porque un conspirador de verdad negaría serlo. Si te contesto que sí, me hago igualmente sospechoso ante ti, porque primero me tomas a broma y luego, al recapacitar, te das cuenta de que ése es mi objetivo: confundirte y que lo tomes a chufla cuando digo una verdad que parece increíble. Entonces me callo, convencido de que mis palabras y argumentos no servirán para convencerte en ningún sentido. ¡Ay, qué cansado resulta ser conspirador –o no serlo- en este mundo de conspiraciones!

El temible burlón

UNA HISTORIA QUE ENGANCHA

Debo confesar que el misterio me atrae como al que más. Pero, ya que he participado de multitud de ritos mistéricos, místicos y de docenas de reuniones sectarias y gnósticas, también añadiré que poco de lo que se incluye en esta publicación panfletaria es digno de

ser tomado en consideración. Los autores pecan de ingenuos o desinformados, en todo caso. Aunque no seré yo quien los saque de su error, ya que, como iniciado multidisciplinar, no puedo decir a los no partícipes del secreto aquello que no deben saber.

Antes que hablar de conspiraciones, prefiero fabricar una y ofrecerla a quien pueda interesar para que cuente conmigo como colaborador a la hora de convertirla en realidad y embolsarse los incontables millones a los que dará lugar.

He tenido la idea, ocurrencia o iluminación de inventar un nuevo formato televisivo. El último, porque nada habrá después del mío. Y no porque no se puedan inventar más programas de todo tipo y cariz, sino porque tras de mí ya nadie querrá ver otra cosa que mi teleserie. No porque no lo desearían, sino simplemente porque no podrán hacerlo.

He dicho teleserie. Me he descubierto. No ha sido un lapsus sino un toque de efecto, para crear misterio y expectación. Como la creará el propio serial. Me explicaré, aunque siento cierto reparo a ser demasiado explícito. Creo que callaré parte del secreto, el concerniente a las herramientas de creación, para evitar que algún aprovechado se me adelante. Os dejaré tan sólo la idea con la esperanza de encontrar algún mecenas y productor que quiera unírseme en esta brillante empresa. Es el único objeto de este artículo.

Mi idea es mezclar teleserie y reality-show, de ésos que se llevan ahora. No pretendo grabar a imbéciles mostrando su oligofrenia, eso ya está inventado, sino tan sólo alargar la serie mientras sea productiva y que no se distribuya por capítulos sino como un continuo. Difícil, ¿verdad? Pues sí, supongo. Pero no imposible. No para mí, que vuelvo a contarme entre las luminarias del orbe tras un periodo confuso iniciado con psicotrópicos que oscurecieron mi mente y concluido con otras drogas –medicamentos- que me han devuelto a la luz.

Hablar de mí mismo es una tentación, pero debo centrarme en mi idea. Mi idea, sólo mía.

Mi idea es hacer una teleserie que se prolongue en su cadena durante todo el día con su noche, con un argumento lo bastante

complejo y truculento como para enganchar a la gente ante el televisor –algo tan fácil y frecuente- pero con una peculiaridad, más allá de su infinita duración. A lo largo de la emisión, interrumpida por docenas de anuncios que nadie podrá perderse para no quedarse sin el hilo argumental, lo que será prácticamente imposible si la historia se enreda lo bastante –ha de ser farragosa hasta el extremo, pero no aburrida-, la novela se irá complicando de modo creciente, ganando en interés y tensión, hasta que el televidente ya no sepa dónde quedaron el inicio, el nudo y el desenlace. Éste es el momento en que los guionistas ya pueden descansar porque, si se lía todo lo suficiente y se conducen las situaciones de todos los personajes hasta el lugar adecuado, se puede repetir el primer capítulo de la serie sin que nadie se dé cuenta. Con esto se consigue una porción de adictos televisivos que se pasarán todo el tiempo que puedan delante de la tele. Además de que el programa se convierte en casi eterno. En todo caso, si alguien se da cuenta de la repetición, se pueden hacer nuevos capítulos para mantener el interés. Pero lo importante no es la trama o el trabajo que se ponga en ella, sino lograr que la gente se embobe y quiera seguir viendo el programa hasta que se harte.

Entretanto, mi productor y yo nos forramos. Así que, si alguien está interesado en mi conspiración televisiva, que se ponga en contacto conmigo a través de la revista. Sólo a mi colaborador le diré cuáles son mis ideas en detalle. Y sólo cuando ya haya colaborado económicamente, que no me chupo el dedo. Eso sí, por si así consigo despertar más interés –aunque dudo de que sea posible hacerlo aún mayor- diré que ya tengo el título y buena parte del argumento de mi culebrón. Se va a llamar "Las lágrimas de Dorotea". El argumento, ¡ay, tontuelos!, deberéis esperar para conocerlo.

¡Qué!, ¿a que os parezco listísimo? ¡Jo, es que soy un fenómeno! Pues hala, hasta la próxima, si es que no estoy nadando ya en la abundancia y dejo de participar en esta chorrada.

Narciso de Lego
(maestro de conspiradores)

AGOTADAS LAS ENTRADAS

Pues voy a contar las historietas de una persona que voy a llamarla "Margarita Gautier", y no porque su belleza provocara espasmos en el personal, sino porque se pasa el día un vahído por aquí otro para allá, y por lo que se ve le va muy bien.

Bien, esta mujer trabaja en unas oficinas de la Alta Educación de extranjeros. Como llegaba a su fin el invierno, y se iba de vacaciones, estaba muy animada, de hecho, estaba histérica, corre para allí, viene para acá, casi podía haber organizado un concurso de sambas, porque tenía una actividad frenética. y se le ocurrió proponer una cena en un lugar poco usual, y con el menú poco usual; no veas la que se armó, unos muy bien, otros muy mal, este que no venga, este si le "ajunto", (a mí me recordó los 15 años de todos). Ella estaba feliz, ¡por fin! estaba organizando algo importante, y le estaban haciendo caso, además, qué idea tan brillante ha tenido "Margarita", esto seguro que pone fin a las tensiones que existen, y todos en paz y armonía entonamos aquello de "los chicos con las chicas quieren vivir, los chicos con las chicas quieren estar, y todo al final seremos..."

Pero, se le fue al traste, no al "trastévere" quizás allí le hubiera gustado estar a ella, cuando se armó la marimorena, dicho muy crudamente, vómitos y diarreas por doquier, debido a la intoxicación producida por los alimentos, expuestos al sol, durante varias horas; algunos compañeros que no "la tragaban", añadieron al vino un purgante, y otros cogieron hormigas y las introdujeron en el pan y la tortilla, etc... No daban los ojos de sí, para tanto desastre. Ella, que tenía tanta ilusión, en que saliera bien y que todos aplaudieran y la vitorearan, y hasta tenía un "amorcito" que se resistía a sus tejos impávido. Fue total, nadie disfrutó y además, muchos a urgencias, para que les atendieran rápidamente. La policía intervino y cogieron pruebas para realizar los exámenes periciales, y a ella, que no se encontraba mal, la detuvieron y pusieron a disposición de los inspectores sanitarios de la Alta Educación de extranjeros, por si podría deducirse un intento de discriminación racial.

Bocarisso

VERGÜENZA DEL PASADO

Muchos padres dicen que aman a sus hijos. Pocos confiesan que los odian, pero hay muchos que, en secreto, practican tal "devoción". Y no les culpo. Los hijos, y lo digo por experiencia propia, tendemos a ser unos aprovechados y unos cabrones. Por eso llama la atención que pocos padres renieguen de sus retoños. Será eso de que la sangre tira mucho y los genes nos dominan. Pero, por tratar de transmitir unas características más o menos deleznables –que son las que portamos todos como patrimonio hereditario- parece demasiado pago el convertirse en esclavo de los hijos y arruinar la propia existencia. Ahora, que yo respeto la voluntad ajena y, si mis señores padres están más que dispuestos a sacrificarse por mí para ganarse la posteridad genética o una suerte de paraíso supraterrenal, no seré yo quien los contradiga; al contrario, colaboraré activamente en su particular ordalía.

Aunque también soy consciente de que muchos padres aguardan con paciencia que llegue el momento de vengarse, de cobrarse todas las deudas adquiridas por sus hijos. No digo que lo hagan de forma consciente. Ellos están convencidos de amar a sus hijos pero, sin confesárselo, los odian hasta el punto de quererlos colocar en la más terrible de las situaciones. Unos padres quieren gobernar a sus hijos, decidiendo su futuro, obligándoles a establecer relaciones sociales o afectivas. Otros, más crueles y sutiles, tratan de manipularlos, de convertirlos a su imagen y semejanza, de transformar su agradecimiento –si son tan estúpidos como para sentirlo- en obediencia ciega. Pero de las venganzas de los padres, la más cruel y organizada entre aquellos que manifiestan en público su exagerado amor por sus hijos, la que a mí me parece más extraña y graciosa –cuando son otros los afectados- es la conspiración de los recuerdos.

Cuando se reúnen los padres y hablan de sus hijos son realmente terribles. Hacen caer la más tremenda de las maldiciones sobre ellos en la forma de la insuperable "vergüenza del pasado".

Esta conspiración es más propia de las madres, más retorcidas que los padres. La excusa es rememorar el pasado, pero el hecho en sí es una demostración de poder. Ellas saben que poseen las pruebas de nuestra vergüenza y se esmeran en mostrarlas en público, ante

familiares y amigos, ante nuestras eventuales parejas, ante otras madres que ríen a gusto su crueldad. ¡Hay tantas formas para torturar con este método!

Sólo es válido y colijo –aunque no puedo probarlo- que sólo se ejecuta en nuestra presencia. Si no estamos no tiene gracia. El hijo, confiado, asiste ingenuamente a la llegada de la visita. Comprueba que su madre va preparando el terreno. El hijo empieza a sospechar el peligro demasiado tarde, cuando ya no hay marcha atrás posible. La madre se ha lanzado, sin que sepamos cómo ha llegado a ese punto, a mostrar en público nuestras vergüenzas, literal o figuradamente.

Sin especial motivo, ha comentado cómo era su hijo de pequeño, lo que hizo en tal o cual ocasión. Tras el pistoletazo de salida, la hecatombe está servida. No le bastará con el recordatorio casual. El plan está perfectamente urdido para maltratar al hijo díscolo. La madre pronto comentará aquella ocasión funesta en que cometimos nuestra primera gilipollez, aquel signo inequívoco de infantil locura. El ridículo espantoso se cierne sobre nosotros. Cuando, rezando por el silencio y convencidos de que la tierra, inmisericorde, no nos tragará esta vez bajo nuestros pies, en el momento menos pensado, la madre recurrirá a los documentos gráficos para dar la puntilla. Mostrará esa foto en pelotas de cuando teníamos tres meses, nos exhibirá con la ropa más espantosa que nunca vestimos. Quizá, porque las modernidades van sofisticando la tortura, muestre un vídeo de nuestra infancia en el que babeamos, balbucimos, nos peemos o eructamos ante la complacencia maternal. ¡Hasta será capaz de mostrar la inserción de nuestro primer supositorio que ella se empeñó en hacer grabar a nuestro padre! ¡Dios, el horror ya alcanza cotas insufribles! La madre, consciente de su poder, habrá tenido el cuidado y la paciencia de acumular durante nuestro desvalimiento las pruebas documentales con las que ahora podrá extorsionarnos y torturarnos a placer. Tal vez entonces exhiba nuestros primeros garabatos, el papel donde pone "te quiero mamá" o ese monstruoso cenicero de barro que nos obligaron a ejecutar en el colegio. Quizá lo acompañe con un discurso aún más doloroso, de madre amante y puñetera, en el que relate nuestro gusto infantil por usar el chupete con cuatro años o tocar cacas de perro, quizá rememore la ocasión en que nos dimos el trompazo del

que deriva la cicatriz en plena frente, o el día, que nos pesará por toda nuestra existencia, en que, con las tijeras, recortamos el peluquín del abuelo y nos ganamos una monumental azotaina. Para entonces, la sonrisa en nuestro rostro no enmascarará el dolor. Ya el tono de nuestras mejillas habrá pasado del rojizo al violáceo y un sudor frío nos empapará por debajo de todas las ropas mientras internamente clamamos a los cielos o los hados y suplicamos a las furias que dejen de atormentarnos por medio de nuestra amantísima madre.

La tortura concluirá y nosotros, medio recuperados, pediremos en privado a nuestra madre que deje de ponernos en evidencia ante las visitas –sutil modo de indicar que no nos agrada ser despellejados y humillados en público-, pero de nada servirá. La madre se escudará en su mucho amor, su innegable sacrificio, las muchas penalidades pasadas por cuidarnos. Y sabemos que la tortura volverá otro día, cuando menos nos lo esperemos. Que la madre –todas las madres del mundo, las que han sido, las que son, las que serán-, fiel a los principios de su eterna logia, volverá a exponernos en el altar de la vergüenza para que purguemos todos nuestros pecados contra ella. Y nos dirá que es porque nos quiere. Y nos dirá que es manía. Y no nos atreveremos a replicarle, aunque en nuestro fuero interno estemos convencidos de que aquello no ha sido casual ni espontáneo sino el resultado de una meditada conspiración de la que todas las madres son partícipes y ejecutoras.

Sergi Lipodias

SOBRE CONSPIRACIONES

No solemos incluir citas ajenas en esta revista pero la siguiente nos ha parecido lo bastante interesante como para añadirla:

"Desde fuera, damos por sentado que la conspiración es la consecución perfecta de un plan. Hombres silenciosos y anónimos, de corazón insensible. La conspiración es todo aquello que no es la vida cotidiana. Es el juego interior, frío, seguro, sin desviaciones, eternamente fuera de nuestro alcance. Nosotros, los inocentes, los que intentamos buscarle un sentido a las sacudidas cotidianas, somos los imperfectos. Los conspiradores poseen una lógica y una osadía que su-

pera nuestra capacidad de comprensión. Todas las conspiraciones representan la misma historia de hombres que encuentran coherencia en un acto delictivo."

Don DeLillo ("Libra")

CARTAS AL DIRECTOR
(desaparecido o muerto en combate)

CONSPIRACIÓN ONDULATORIA

Me alegra que esta revistilla del tres al cuarto toque por fin un tema interesante y de contrastada importancia. Los conspiradores nos dominan, nos vigilan y controlan, nos manipulan, hacen de nosotros lo que quieren sin que nos enteremos de nada. O eso se creen ellos. Porque una persona avisada e inteligente no se dejará engañar tan fácilmente como ellos se imaginan. Si no fuera por esto, ¿cómo habríamos escapado mis hermanos y yo de su terrible conspiración ondulatoria que amenaza con controlar al mundo entero?

Nadie sabe cómo empezó la Gran Conspiración. Pero todo el mundo –todo el que cuenta, no los ignorantillos y estúpidos que tanto menudean- sabe que su penúltimo episodio pasa por el control de los medios de comunicación, ese cuarto poder, la base de la quinta columna que desea derruir los cimientos de nuestra sociedad. El último capítulo, resulta obvio el decirlo, no lo conoce nadie, salvo alguno –no todos- de sus ejecutantes.

Muchas personas avisadas estaban al tanto del poder ejercido a través de las ondas hertzianas y su sierva más fiel, la televisión. Jamás se conoció tamaño instrumento de manipulación y aleccionamiento. Y no me refiero a que la televisión incluya mensajes ocultos –que alguno sí que hay-, sólo accesibles para los iniciados. Sino al hecho incuestionable de que resulta una herramienta básica en el embrutecimiento y aborregamiento de la sociedad. El ciudadano medio es alienado por la caja tonta y debidamente adoctrinado en el sentido deseado por los poderosos que la controlan, y a nosotros a través de ella. Hay mensajes directos, otros subliminales y, finalmente, están los más importantes: aquéllos que se reciben de forma inconsciente y no

deseada a través de la propia radiación electromagnética que influye poderosamente sobre el cerebro y la mente que alberga. Son incontables los casos de individuos inteligentes y responsables que han sido completamente absorbidos y reprogramados por el ente televisivo.

Pero pocos, aún entre los iniciados a los misterios de las ondas, son conscientes del surgimiento de un nuevo instrumento de control perfeccionado. Algunos hablan de la música –sobre todo la moderna, rítmica y de bailes tribales con movimientos compulsivos- como fuente de control. Otros mencionan a las drogas y el alcohol. Hay quien achaca tamaño poder a los videojuegos, el deporte o internet. Y no se puede negar su perniciosa y constante influencia. Pero pocos suponen o llegan a imaginar que el nuevo instrumento de control ondulatorio procede de una herramienta más cercana y, en apariencia, inofensiva. Muchos se preocupan por los efectos de las ondas de radio, las eléctricas o las microondas sobre la salud, y claman a los gobernantes por el enterramiento de los cables o la desaparición de las antenas y repetidores. ¡Ay, almas de cántaro! Han identificado un mal y han ignorado el más pernicioso influjo de las ondas. Han olvidado que es el teléfono móvil, el celular, la fuente de dominio corporativo desde el poder y sus contadas fuentes verdaderas. A través de las ondas del móvil no sólo se transmiten las voces que nos acercan a familiares, amigos o clientes. Tampoco el cáncer al que tantos temen. No, lo que se transmite de un modo subrepticio y debería preocupar a cualquier ciudadano de bien son las ondas de control gubernamental. Junto con la voz nos llegan impulsos electromagnéticos capaces de anular nuestra voluntad, de subyugarla, de introducir en nuestras mentes deseos y pensamientos que, de otro modo, jamás aceptaríamos. Así, aborregados e hipnotizados, nos convertimos en mejores consumidores, en indolentes marionetas, adictos al dinero, al sexo, a las drogas, al juego, a la estupidez, a la pasividad, a la inmoralidad. ¡Ah, el Maligno siempre encuentra medios para atrapar a los incautos!

Muchos merecen su destino, pero siempre hay algún ingenuo que se ve atrapado en las redes del Gran Conspirador y se condena por su torpeza y credulidad. ¡Ay, amigos, todavía estáis a tiempo de

salvaros! Renunciad a los móviles, alejaos de su perniciosa influencia. Renunciad a la tele, a la radio, a la prensa, al cine, a las computadoras, a los lujos, al consumismo…a todo lo que os aleje del Señor. La salvación está a la vuelta de la esquina, si uno la busca por el recto camino. El torcido, ése plagado de ondas electromagnéticas, sólo conduce a la condenación eterna.

Nicolasa de la Olla y Redondo de Ternera

EPÍLOGO

Realmente, no sirve de mucho el preocuparse tanto. Uno se agobia pensando en las conspiraciones y tejemanejes que le afectan. Entre lo que uno ve y lo que uno imagina o a uno le cuentan, el resultado es que llega el estrés, salvo que uno pase de todo, que quizá sea lo más saludable en tanto en cuanto las conspiraciones quedan más allá de cualquier esfuerzo que hagamos por modificar su curso. Si son intrigas de andar por casa, ¿para qué preocuparse? Y, si son de las grandes y misteriosas, nada hay que podamos hacer luego, ¿para qué preocuparse, nuevamente?

Ahora que lo de conspirar también debe ser cansado. Si uno se agota buscando manos negras y oscuros artífices de nuestros destinos, cuanto más debe ser agotador participar de esas conspiraciones, como peón o aún más como actor o director. Debe de compensar, puesto que hay gente que parece estar dispuesta a sacrificarse por cada causa, o se le supone tal capacidad de entrega. Uno no está en ese mundo de las confabulaciones, pero imagina que sí deben de existir personajes tenebrosos que renuncian hasta a su propia alma por mantener su selecto club. Debe de ser la fascinación del poder pero, para mí, que poco se gana cuando uno debe renunciar a todo o casi para contarse entre los elegidos. Aunque hay gente para todo, claro está.

Cosas verás Sancho, sí, pero habrá otras que no veas y que te agobien y preocupen más que las que más a las claras te afecten. Quizá nos fascina más que el hecho en sí la idea del secreto, de lo oculto, de participar de un misterio. Tal vez, al cabo, es más importante la imaginación que la realidad tras los velos. Así somos los hombres. Hasta lo más trivial nos parece atrayente si lo envolvemos en

misterio. Y a lo más importante, a los verdaderos complots que se ven venir cada día, los ignoramos por la fuerza del hábito. La costumbre, ¡menuda conspiración!

EL PUNTO Y FINAL

Llegamos al fin de nuestro vigesimoprimer número. Si fueran años, se trataría de nuestra mayoría de edad en muchos países. No llevamos tantos en marcha, aunque sí casi la mitad de ellos. Y aún nos queda mucha guerra que dar. Vosotros podéis ayudarnos a seguir activos. Para ello, sólo tenéis que hacernos llegar vuestras voces.

Confiamos en que este número y su tema haya sido de vuestro agrado. Si hay algún conspirador entre los lectores puede manifestarse o mantenerse en secreto, pero le pedimos encarecidamente que no nos convierta en centro y objetivo de sus intrigas. Para los demás, nuestra redacción queda abierta a todos a vuestra entera disposición.

Entretanto, queremos agradecer su colaboración a los inefables Martin's, P.A.M.213, El temible burlón, el reaparecido Bocarisso, Alicia, a F. Alonso por la cita y a todos aquellos que nos lean, ojalá que con agrado. Y seguid colaborando, por favor. Ya sabéis, o deberíais si sois fieles a nosotros, que podéis enviar las colaboraciones a:

e-mail: despertardelosmuertos@yahoo.es

También podéis bajaros las revistas que no tengáis de nuestra página web:

www.eldespertardelosmuertos.es

O bien de nuestra página en bubok:

http://eldespertar.bubok.es

Hasta pronto, como siempre. Y que la larga espera no se os haga demasiado pesada.